Leyendas de los Silao

Haritz Boix

© Elena Pajarón Boix, 2016

Portada: Haritz Boix

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del**copyright**. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Índice

[Territorio Silao](#_Toc461138319)

[Primera parte:](#_Toc461138320)

[Lehuivián y la Dama Somormujo](#_Toc461138321)

[Capítulo I: Los Silao y su destino](#_Toc461138322)

[Capítulo II: La fiesta de la partida](#_Toc461138323)

[Capítulo III: Gilara y Hectileo](#_Toc461138324)

[Capítulo IV :Viejas canciones](#_Toc461138325)

[Capítulo V: Shamhet](#_Toc461138326)

[Capítulo VI: Reencuentro](#_Toc461138327)

[Capítulo VII: Una noche en vela](#_Toc461138328)

[Capítulo VIII:Relaciones complicadas](#_Toc461138329)

[Capítulo IX: Pasan los años](#_Toc461138330)

[Capítulo X: Secretos de familia](#_Toc461138331)

[Capítulo XI: Una sombra](#_Toc461138332)

[Capítulo XII: La huida](#_Toc461138333)

[Capítulo XIII: Urgún el oso](#_Toc461138334)

[Capítulo XIV: Con Eshilia](#_Toc461138335)

[Capítulo XV: Confidencias y partidas](#_Toc461138336)

[Capítulo XVI: Korga](#_Toc461138337)

[Capítulo XVII: El valle escondido](#_Toc461138338)

[Capítulo XVIII: Derina](#_Toc461138339)

[Capítulo XIX: En el lago](#_Toc461138340)

[Capítulo XX: Un funeral](#_Toc461138341)

[Capítulo XXI: Tres estrellas](#_Toc461138342)

[Capítulo XXII: Contar historias](#_Toc461138343)

[Capítulo XXIII: Estar solo](#_Toc461138344)

[Capítulo XXIV: Garún y Hesguerin](#_Toc461138345)

[Segunda parte:](#_Toc461138346)

[El prado de Sauhivián](#_Toc461138347)

[Capítulo XXV: Hacia el prado](#_Toc461138348)

[Capítulo XXVI: Un desafío](#_Toc461138349)

[Capítulo XXVII: Lealtades](#_Toc461138350)

[Capítulo XXVIII: Silagüa e Hirten](#_Toc461138351)

[Capítulo XXIX: En el rio](#_Toc461138352)

[Capítulo XXX:Preparativos](#_Toc461138353)

[Capítulo XXXI: Démefi Enos](#_Toc461138354)

[Capítulo XXXII: La noche oscura](#_Toc461138355)

[Capítulo XXXIII: Hilua y Heleón](#_Toc461138356)

[Capítulo XXXIV: Estrategia](#_Toc461138357)

[Capítulo XXXV: La tregua](#_Toc461138358)

[Capítulo XXXVI: Huleia](#_Toc461138359)

[Capítulo XXXVII: El combate](#_Toc461138360)

[Capítulo XXXVIII: Los indignos](#_Toc461138361)

[Capítulo XXXIX: Después del combate](#_Toc461138362)

[Tercera parte:](#_Toc461138363)

[Los herederos de Sircanda](#_Toc461138364)

[Capítulo XL:Hacia las tierras de los Carigios](#_Toc461138365)

[Capítulo XLI: Encuentro en los campos](#_Toc461138366)

[Capítulo XLII:Comprar armas](#_Toc461138367)

[Capítulo XLIII: En la mansión de Jadeiro](#_Toc461138368)

[Capítulo XLIV:Los perros de la muralla](#_Toc461138369)

[Capítulo XLV:Camino al infierno](#_Toc461138370)

[Capítulo XLVI: La tierra y sus muertos](#_Toc461138371)

[Capítulo XLVII: Al borde del mar](#_Toc461138372)

[Capítulo XLVIII: De la misma sangre](#_Toc461138373)

[Capítulo XLIX: Merantes y Hesguerin](#_Toc461138374)

[Capítulo L: Recuerdos y Sueños](#_Toc461138375)

[Capítulo LI: Una tarde de entrenamiento](#_Toc461138376)

[Capítulo LII: Crimen y Castigo](#_Toc461138377)

[Capítulo LIII: La playa y sus dioses](#_Toc461138378)

[Capítulo LIV: Sircanda](#_Toc461138379)

[Capítulo LV: La escuela de Heleón](#_Toc461138380)

[Capítulo LVI: La batalla de los niños](#_Toc461138381)

[Capítulo LVII: Y al final el silencio](#_Toc461138382)

[Capítulo LVIII: Solsticio de verano](#_Toc461138383)

[Capítulo LIX: Sauhivián](#_Toc461138384)

[Glosario](#_Toc461138385)

# Primera parte:

# Lehuivián y la Dama Somormujo

## Capítulo I: Los Silao y su destino

Hepsatis dirigió sus pasos hacia la plaza central de Balio, prefería actuar a última hora de la tarde, al menos el primer día, cuando no le conocían.

La noche anterior había llegado más tarde de lo que pensaba. La ciudad era pequeña, y solo tenía una posada. Hepsatis se había tenido que conformar con rincón en el establo, sus huesos ya no eran jóvenes, no durmió gran cosa. La siesta en el pajar le había devuelto el ánimo, si atraía suficiente público, hablaría con el posadero, los relatos se escuchan mejor en la noche. Después de cenar, y delante de una cerveza, los hombres son ms felices, y las propinas generosas. No tenía muchas esperanzas, Balio no parecía una ciudad prospera, tampoco muy feliz.

Sentado en un banco al sol, Hepsatis contemplaba a los hombres y mujeres que caminaban por la plaza. Una vez acabadas las tareas cotidianas, se apresuraban a llegar a sus casas, y encerrarse en ellas. Se fijó en los ojos hundidos y sin brillo, las espaldas dobladas, y su manera de mirarse de reojo con desconfianza.

–No tenía que haber vuelto aquí, ya me lo habían advertido. Esta tarde no actuaré, no voy a cantar por unas pocas monedas. No parece que a los habitantes de Balio les sobre el dinero, y aún menos ganas de prestar atención a otra cosa que no sean sus propios problemas. Me iré a mi posada, me haré servir una jarra de cerveza y cenaré. Mañana con las primeras luces partiré en busca de seres más dichosos, que tengan un hueco en su corazón para las antiguas canciones.

Sin embargo Hepsatis no se decidía a irse. Era una tarde dulce de principios del otoño. La plaza era amplia y despejada, y los últimos rayos del sol calentaban el cuerpo e iluminaban su espíritu.

Alrededor del banco donde se sentaba, se fueron acercando los niños que jugaban en la plaza. Sin decir nada le rodearon curiosos: unos se sentaron a sus pies, mirándole atentamente desde el suelo, los más decididos se atrevieron a sentarse en el banco, algunos niños se subieron un árbol, y se colocaron a horcajadas sobre las ramas. Ahí se quedaron esperando a que Hepsatis empezara su actuación. Al ver la expectación que se había formado alrededor de Hepsatis, los adultos empezaron a mirarle de reojo.

Hepsatis se removió en el banco, los niños más pequeños se habían sentado pegados a él, y casi no le dejaban moverse. Gruñó un poco, y apareció un hueco de apenas dos pulgadas, entre él y los chavales s a su alrededor.

– No voy a tener otro remedio que actuar, aunque no saque de mis espectadores más que unas pocas monedas, parece que a pesar de su tristeza aman las antiguas historias. No tengo nada que perder, y puede que todos ganemos algo, yo espero sacar para una buena cama. Me da lástima este pueblo, espero que oír relatos alegres les levante el espíritu.

Hepsatis se aclaró la garganta, un profundo silencio se hizo alrededor suyo. Sin aguardar más, Hepsatis se puso a recitar.

–Todos conocéis como los hombres y los pueblos tejen sus destinos entre sí. Al oírme os miráis unos a otros y decís: este bardo no nos cuenta nada nuevo, ya oímos hablar del destino a otros cantores, sabemos cómo el destino se les revela a los hombres en sus sueños.

Hepsatis se dirigió a los niños que le rodeaban.

–Alguno sabe cómo a los cantores, se nos muestra ese destino de sueños entrelazados. Los niños negaron con la cabeza, Hepsatis elevó la voz dándose importancia

– Los cantores vemos los sueños como un tapiz recién tejido, que tras haberse lavado, se extiende en la hierba al sol. Si el destino de un hombre sigue su sueño, la tela es cremosa y brillante, como seda cruda. Siempre hay dolor, ira, maldad, y actos abominables en ese destino. Estos puntean con manchas rojas el blanco de la tela, haciéndola por contraste aún más hermosa.

Hubo un murmullo de desconcierto entre los niños. No habían entendido el ejemplo de Hepsatis. No es un lenguaje para ellos– pensó Hepsatis– pero estos niños no me van a dar dinero para carne ni cerveza. Hepsatis miró con el rabillo del ojo, como se acercaban más espectadores, y decidió continuar.

– Entre los pueblos que habitan la tierra, los hay felices y los hay desgraciados. No siempre es igual, la dicha o la tristeza cambian con el transcurso del tiempo. Si no quieren sufrir los pueblos deben de escoger bien sus sueños, no perderse.

A ver tú– Hepsatis señaló a un chico sentado a su lado, que le miraba con los ojos muy abiertos. Se había fijado en él porque era el único que había suspirado con la imagen del tapiz, y por la manera de seguir el ritmo de las frases con todo el cuerpo–. ¿Cómo te llamas pequeño?

–Yo me llamo Yourio contestó el niño.

– ¿Que sabes de Cronos, Yourio? ¿Que se dice de Cronos en tu pueblo?

–Cronos ya estaba con el espíritu primigenio cuando nada había. Cronos era, antes que el fuego sin llama apareciera en la roca–. El niño recitaba como si fuera una lección aprendida. Hepsatis meneó la mano.

–Eso todos los sabemos, pero ¿Qué se dice de Cronos entre vosotros? ¿Cómo lo imagináis, cantáis, pintáis, oléis? ¿Cómo es Cronos para vuestro pueblo?

Yourio vaciló por un momento–.Cronos es un dios ávido de emociones, ensimismado en sus juegos. No protege a los hombres, o rara vez. Nunca descansa, le gusta desconcertar a los seres que habitan en él.

Es una definición preciosa de Cronos –dijo Hepsatis–. Tienes espíritu de cantor pequeño–. El muchacho enrojeció de placer al oír esto.

–Yourio tiene razón– dijo Hepsatis – El tiempo gusta de jugar con los pueblos que viven en él, les cambia los rasgos y las costumbres, hasta que ni ellos se reconocen. A veces, cuando Cronos ve a los hombres perdidos, mirándose unos a otros desconcertados, se apiada de ellos y les calma. Les susurra al oído mientras duermen, y con el canto de su historia les muestra su rostro en un espejo. Si no se reconocen en ese rostro, es difícil que haya vuelta atrás, se han ido lejos de su destino, han perdido el primer sueño. El cambio de destino puede ser hermoso, pero las más de las veces es terrible. A Cronos no le importa, él sigue cambiando los pueblos, a veces riéndose de ellos, a veces consolándoles.

Hepsatis miró a los niños que lo rodeaban, y también se apiadó de ellos. Se los veía más felices que sus padres, como siempre ocurre, pero sus sonrisas eran más inseguras y menos amplias, que las que había visto en ese mismo lugar en otro tiempo.

–Pero siempre se puede cambiar un sueño pervertido, que ya no nos sirve, por otro más feliz. Eso lo decía Hepsatis para consolar a los niños, bien sabia él lo difícil que es cambiar los sueños.

Algunos adultos empezaban entonces a sentarse. Ya era hora pensó Hepsatis, la introducción se me estaba volviendo confusa y larga, pero un relato medio empezado es menos dinero al final.

– Hay muchos sueños, tan distintos y tan numerosos como los hombres: hay sueños de búsqueda inquieta, hay sueños plácidos; los hay delirantes y los hay serenos. Existen sueños de crueldad, y deseo de dominación, también hay sueños abominables.

Hepsatis hizo una pausa mientras llegaban más espectadores.

Cuando los hombres dejan de ser niños comienzan a buscar. Vosotros pequeños ya estaréis buscando vuestro sueño. El sueño será distinto para cada uno, y se corresponderá con el significado profundo de vuestro nombre. Hay quien encuentra antes su destino, hay quien se pasa toda la vida buscando. Eso no importa, no si tu sueño es la búsqueda incesante. No todos los hombres buscan sus sueños, hay pueblos que lo han olvidado. En los pueblos más dichosos, los hombres y mujeres siguen buscando su destino, persiguiéndolo.

Hepsatis se dirigió de nuevo a los niños–. Sois pequeños, pero no tan inocentes como para no conocer la maldad y la desdicha. Numerosas son las formas como los pueblos buscan su desgracia, como lo son los sueños perversos de los hombres. La causa más común de desdicha, viene con el olvido de la fraternidad. Esta desdicha es pequeña y mezquina, pero no suele causar gran dolor. Estos hombres olvidan la felicidad, y la buscan en las hermosas telas, las piedras brillantes y duras, y en su propia importancia, solo se ven a sí mismos.

En ocasiones, después de largas épocas de prosperidad, es la propia dicha la que envilece a los pueblos. Los hombres se olvidan de poner el mismo rostro, ante las bondades y reveses del destino, quejándose amargamente cuando las circunstancias se tornan. El destino de estos pueblos no es terrible, pero también se vuelve miserable.

Toda hemos oído hablar del peor destino, cuando se desata el delirio, y la crueldad. El destino terrible lo trae la ambición, la búsqueda del poder, cuando el sueño de los pueblos lleva a la guerra.

La guerra más terrible es la realizada sin honor. En ésta los guerreros no buscan el combate, sino volver a casa con el máximo de riquezas, y el mínimo daño. Evitan la lucha en el campo de batalla, y atacan las aldeas, matando a las mujeres y los niños, y arrasando los campos. Los hombres que caen en esa pesadilla terrible, se excusan en la naturaleza diabólica de los enemigos que masacran. Muchos ni se molestan en pensar, es su falta de lucidez la que les impide la compasión. Estos pueblos se pervierten durante años, perdido su sueño en el tiempo, a veces para siempre. Aunque abandonen la guerra, y se arrepientan del mal causado, lo atroz de sus actos pervive en el fondo del tiempo. Ese mal afecta a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, como una oscura raíz que de vez en cuando vuelve a echar algún retoño.

Es hora de comenzar– se dijo Hepsatis–. No se acerca nadie más, y si sigo más tiempo, con esta pesadez del destino y el sueño, todos se irán. Esta noche sacaré para un par de jarras de cerveza, no creo que alcance para mucho más. No pasa nada por pasar otra noche en el establo, mañana me iré lejos.

Hepsatis se aclaró la garganta y elevó la voz.

– Pero yo vengo hoy a hablaros de los Atabán, una tribu del pueblo Silao, a los que creo que no conocéis. Los Silao eran felices, porque vivían su sueño, el que respondía a su verdadero ser. Pero los sueños se pierden, y se vuelven a encontrar en el tiempo, y los Silao no son diferentes de los otros pueblos.

Si – continuo Hepsatis – Hoy os contare los relatos que aprendí, acerca de ese pueblo feliz. Yo he vivido entre ellos largos y dichosos años. En Sauhivián aprendí sus canciones, fueron los Silao los que me enseñaron a componer música y versificar, y a amar las largas veladas del solsticio de verano. Cuando a la luz de las estrellas, los jóvenes expresan su alegría cantando y bailando, y así recuerdan su sueño.

Los Silao habitaban en el centro y el este deGeular, y como ya os dije, son un pueblo próspero y feliz. Lo forman hombres y mujeres hermosos, de cuello y miembros largos y cabello abundante, que gustan peinar y trenzar, y que raramente o nunca cortan. Suelen ser barbilampiños, y abundan entre ellos los hombres y mujeres delgados, altos y duros, de mediana envergadura, y músculos pequeños pero fuertes. Tienen la piel y el cabello oscuros, ojos de un profundo gris azulado, rasgos marcados, y nariz aquilina. La mezcla con los pueblos de más allá del mar, hizo que en algunas tribus las pieles se aclararan, los hombros se ensancharan, aparecieran hombres barbudos, y los cabellos mostraran todos los matices del rubio y el castaño, pasando por el rojo.

Se llaman a sí mismos los Silao, los que aman las sendas infinitas que se recorren sobre la tierra. Las tribus tenían costumbres parecidas, y establecían alianzas, pero la lucha por la tierra y los pastos, provocaba que estallaran conflictos y guerras.

No les sobraba la comida, pero ésta no solía escasear, excepto al final del invierno. En primavera y al final del otoño, se dedicaban al pastoreo de los rebaños de ovejas y cabras, que el resto del ciclo, vagaba por los prados en estado semisalvaje. Los cultivos de cereales se practicaban en las tierras comunales, y la cosecha se repartía entre los miembros de la tribu. Las familias cultivaban pequeños huertos, con hortalizas y frutales. Amaban la caza, la carne que obtenían de ésta, el comercio de pieles con otros pueblos, y el cereal que recogían al final del verano, les permitían llegar con reservas al invierno. Dominaban algunas artes, y comerciaban con vasijas, tejidos de lana, e incluso con pinturas y tallas que representaban a Serión y a Geiya, yaciendo juntos al principio de los tiempos.

Cuando los padres cuentan a sus hijos la historia de los Silao, les hablan de cómo aparecieron las tribus, como comenzaron a guerrear entre ellas, y el origen de la actual paz.

Hubo un tiempo en que entre los Silao se despertó la inquietud. Los hombres y los pueblos cambiaron, buscando cada uno un destino diferente. Así se formaron las distintas tribus, cada una marchó en una dirección siguiendo sueños opuestos.

Entre esos sueños, como siempre ocurre, los hubo felices y otros no tanto. Hubo Silao que amaban profundamente su vida errante, siempre migrando, siempre recorriendo el mundo, no quisieron buscar otro sueño, siguieron dedicándose a la caza. No poseían tierras, ni cultivaban. Los Hinsui dicen que Geiya da cobijo a todos los seres, los hombres no son distintos al resto de las criaturas.

Otros Silao construyeron casas de piedra, y se dedicaron al comercio. La tribu de los Erganes amaba la disciplina de la lucha, no solo entrenaban a sus hijos en el manejo de las flechas y las lanzas, también fabricaban espadas, y luchaban con ellas. Los Silao que vivían cerca del agua, se dedicaron a la pesca en los ríos y en torno a los grandes lagos, algunos llegaron al mar.

Los Silao compartían en un principio una lengua común, al separarse en tribus aparecieron variedades dialectales, pero entre ellos eran capaces de entenderse. La separación de las tribus, los intereses opuestos, y la prosperidad que multiplicó su número, tambien multiplicaron los conflictos y guerras.

A pesar de ello, los últimos cincuenta ciclos los Silao habían disfrutado de paz. Esta paz se debía a los encuentros que se celebraban en primavera en Sauhivián, el prado sagrado. Pero fue en Sauhivián donde los Silao estuvieron a punto de desaparecer para siempre, tal fue la crueldad de la última gran batalla, tal fue la cantidad de sangre que se vertió. De esa sangre viene el nombre del prado, y del pacto que se firmó en él. Sauhivián significa la paz que surgió de la sangre derramada, cuando ésta al manar empapó la tierra

La única vez que se rompió el pacto de Sauhivián, fue veinte ciclos antes de que empezara nuestra historia. Entre los Silao se dio una guerra indigna, en la que se atacó a los que no podían defenderse. Los Silao no habían vivido antes una guerra sin honor, aunque habían oído hablar de ellas, a los marineros que volvían a Geular tras su recorrido por el mundo. Los Silao atribuyen la locura de los pueblos a Gériga, el diablo que habita el corazón helado de la tierra, y se apropia de las almas de los hombres, rompiendo su espíritu.

La guerra fue corta pero cruel, la causó como siempre, la codicia de los hombres, y la indiferencia de un pueblo por el dolor de otro. La guerra enfrentó a las tribus trashumantes, dirigidas y apoyadas por los Erganes, contra los Hereos, los comerciantes, a quienes su riqueza les hizo creer que todo les estaba permitido, y podían acabar con las vidas de otros pueblos, y ocupar sus tierras. La guerra interrumpió una época de prosperidad, y rompió la paz de Sauhivián, pero romper el pacto del prado sagrado, trae consecuencias terribles para los que osan hacerlo.

La guerra acabó cuando los Erganes capturaron a Guitreo, el jefe de los Hereos. El consejo de ancianos obligó a los Hereos a devolver las tierras, que habían arrebatado a las tribus vecinas, y ordenó la decapitación de Guitreo, y el descuartizamiento de su cuerpo. Los restos de Guitreo fueron lanzados sobre los árboles más altos. Eso se hacía y se hace así, para retener en tierra el espíritu de los indignos, mientras los restos desmembrados de su cuerpo se buscan. Hasta que todo el cuerpo no se reencontrara en la tierra, el espíritu que lo animaba no podía encontrar la paz. Este castigo se reserva para los Silao que han demostrado un egoísmo más atroz, buscando que el dolor los purificara, y les diera una oportunidad de redención. Mientras el cuerpo se busca, su espíritu permanecía con Gériga en el abismo helado, a veces para siempre. A pesar de lo que os he contado los Silao son benevolentes. Si no existe la traición, los delitos de sangre se saldan con el destierro.

La paz se firmó como aún se hace en los momentos difíciles, tras la deliberación del consejo de ancianos de las tribus, con el auxilio de las hierbas y hongos proporcionadas por las curanderas, que se según qué planta fuera, se bebían, masticaban, o fumaban.

Tras la decapitación y el descuartizamiento de Guitreo, se celebró la ceremonia de la sangre ante el consejo de ancianos. En ésta los antiguos enemigos, beben la sangre de su rival mezclada con vino, extraída de un corte en el antebrazo. El ritual de la paz se celebró entre el nuevo jefe de los Hereos, y el jefe de los Erganes. Los dos bebieron de un largo trago su copa, mientras mantenían cruzados los antebrazos. Así se bebe la sangre con el vino, para que mientras se apuran las copas los rostros se acerquen, los ojos se busquen, y lean la verdad o la mentira tras ellos.

Hay otra forma de castigo reservada a los indignos, una forma cruel de venganza. El ultrajado arranca el corazón del enemigo muerto, y lo conserva reducido y momificado. Éste no podía alcanzar la paz en el espíritu, hasta que el corazón no volviera a la tierra. El que guardaba el corazón decidía la duración del castigo en el tiempo.

Los ancianos decidieron que Guitreo era un ser indigno, había dado la orden de atacar la ciudad de los Erganes, cuando solo quedaban las mujeres y los niños. Durante diez ciclos los Erganes guardaron el corazón de Guitreo momificado. Al cabo de ese tiempo lo devolvieron a la tierra, una venganza no debe prolongarse eternamente en el tiempo. Los Silao no soportan la idea de un sufrimiento largo ¿Para qué prologar la venganza y el sufrimiento si al final todos moriremos tanto los hombres como los dioses? Porque nada permanece y todo cambia. Otro mundo, otros dioses, y otros Silao surgirán en el fin de los tiempos.

La paz de Sauhivián, la más duradera que habían disfrutado los Silao desde su separación, se debía al encuentro anual de las tribus en Sauhivián, el hermoso prado que ocupa el centro de Geular. Esa paz solo había sido interrumpida por esta corta guerra, y por algún conflicto local por la jefatura, que solía dirimirse sin gran derramamiento de sangre. El pacto de Sauhivián no solo acabó con la guerra, sino que fue un motivo de alegría y felicidad para todos los Silao, que esperaban la reunión anual en el prado, mientras transcurría lento y gris el invierno.

En el prado de Sauhivián acampaban las diferentes tribus. Las tiendas se plantaban en el lindero del bosque, a veces entre los árboles, se respetaba un gran espacio en medio del prado, donde se cantaba y bailaba. Las tribus tenían asignada la zona en la que se asentaban, pero sus miembros vagaban libremente de grupo en grupo, escuchado las canciones y leyendas de los otros pueblos.

Al encuentro de Sauhivián acudían los jóvenes, los niños excepto los más pequeños que quedaban al cuidado de sus madres, y los jefes de las tribus. Los adultos con hijos jóvenes también iban para vigilarlos, e impedir que su gran energía acabara con cualquier idea de prudencia. En los pueblos quedaban los ancianos, y las madres recientes con sus parejas, que les procuraban caza y las protegían. Algunos Silao rechazaban la migración y se quedaban en sus casas en la primavera, pero eran los menos, porque los Silao nacieron siendo un pueblo que amaba recorrer la tierra.

La migración anual de los Silao comenzaba al acabar las grandes lluvias del principio de la primavera. Cada tribu llegaba en una fecha distinta, según la lejanía de su asentamiento, y lo que sus obligaciones le restaran a su libertad, los Hereos solían llegar los últimos. Durante toda la primavera los Silao permanecían acampados, pescaban y hacían conservas picantes de pescado. Tras el apareamiento de los ciervos cazaban los ejemplares masculinos de grandes cuernos. La piel se secaba para trabajarse más tarde en el invierno, y se ahumaba la carne. En primavera y verano la comida era abundante, había que hacer reservas para los meses más fríos en que ésta escaseaba.

El punto culminante de los encuentros en el prado sagrado llegaba en las dos semanas previas al solsticio de verano. Por el día se celebraban juegos con pelota y competiciones de tiro con arco, carrera a pie, lanzamiento de lanza y carreras de caballos. Las competiciones de lucha, que se celebraban dentro de las tribus en las ceremonias del paso de la pubertad, estaban prohibidas en el prado de Sauhivián. Por la tarde se cantaba en torno a las hogueras, esperando que el anochecer tardío trajera las primeras estrellas.

La reunión común se iniciaba con un canto realizado por un joven o una pareja, según lo requiriera la leyenda, escogidos dentro de las mejores voces de una tribu. Cada noche le correspondía a una tribu diferente y en ella cantaban y explicaban a las demás una leyenda de su pueblo. En ocasiones se cantaban las leyendas comunes, cuando esto último acontecía, todos los Silao canturreaban la melodía. Luego venían los bailes. Primero tenían lugar los bailes de homenaje, en los que bailaban en solitario los guerreros que habían vencido en la competición del día. Luego venia el gran baile en los que bailaban los jóvenes, hombres y mujeres, primero por separado, luego mezclándose. En el transcurso de la noche las parejas solían perderse en el bosque.

En esos bailes del prado se concertaban matrimonios, y se mezclaban las tribus. A las parejas de tribus diferentes no se las unía en el momento, se esperaba a la primavera siguiente para la ceremonia del Démefi Enos. Se hacía para que las jóvenes estuvieran seguras de lo que querían, ya que eran las mujeres las que abandonaban su familia y su tribu, se buscaba evitar que una decisión precipitada les motivara sufrimiento. Si nacía un hijo en el invierno, y luego el matrimonio no tenía lugar, nada malo ocurría, ya que los Silao necesitaban todos los brazos piernas y cabezas que le enviaba el destino, y amaban con locura a los niños.

Las fiestas del solsticio acabaron con los enfrentamientos entre tribus, pero no con los enfrentamientos por la jefatura y el poder. La tribu que más los había sufrido eran los Atabán, la tribu errante, la que siempre cambia de tierra y de nombre, la que siempre se parte en dos. La tribu maldita por los dioses, como se murmuraba entre los miembros de las otras tribus Silao en voz baja. La que erraba incesantemente buscando la paz, huyendo de la crueldad de su destino

Esta leyenda habla de los Atabán, de su orgullo y su grandeza, de la maldición que les perseguía, y de cómo se libraron de ella. Como unos jóvenes Atabán tuvieron que escapar de su tribu perseguidos por los suyos, y fueron víctimas de una magia cruel. Narra cómo surgió el grupo de los Herguedios, donde a los Atabán se les unieron hombres, mujeres, y casi niños, tanto de otras tribus Silao, como de pueblos ajenos a estos. Como juntos vagaron perdidos sin saber cuál era su rumbo, pero sin dejar de buscar, y al fin lograron que el destino de su pueblo se cumpliera.

Sabéis niños, lo más increíble de su hazaña es que transcurrió en una sola primavera. Comenzó en el valle Atabán, cuando se celebraba la fiesta de la partida, con la que las familias y los amigos festejan el inicio de la migración a Sauhivián. Acabó en el verano, en Sauhivián, tres días después del solsticio de verano. Después de tres meses de viaje, en los se formaron parejas, se engendraron hijos, se conoció la traición y la venganza, se lloró la muerte de los seres amados, se descubrió la amistad y el amor, se desató la guerra, se buscó la paz, y todos los héroes de este relato, independientemente de si eran niños o adultos, hombres o mujeres se transformaron, especialmente los que eran como vosotros, seres que comenzaban a vivir.

Esta leyenda habla de cómo vivieron y murieron los hombres y mujeres que formaron el grupo de los Herguedios. Como de ellos surgieron grandes cantores, de otros héroes, y algunos se transformaron en dioses. Habla de cómo ese grupo formado por la lealtad, la casualidad, y los lazos del amor y de la sangre logró liberar a los Atabán del dolor y el odio que les perseguían en el tiempo, y que surgían perturbando un sueño, que en el pasado de la tribu brillaba como el agua de un arroyo que discurre al sol.

Esta leyenda habla de la esclavitud y la liberación, de la venganza y del odio, del sometimiento y de la rebeldía. Habla del heroísmo de unos, y la abyección de otros, de la amistad, de la fraternidad, de la unión de los espíritus y de cómo se atan los lazos del amor, los del destino, y los de la sangre. Habla del cuidado amoroso de los hijos, y también del enfrentamiento y el odio que surgen en el seno de las familias. Habla de la lucha por poseer el poder, habla de la terrible fuerza de la magia.

Escuchar ahora a continuación la leyenda de cómo los Ataban alcanzaron su último destino, tal como se sigue contando todavía en las fiestas previas al solsticio. Como los Herguedios viviendo su sueño ayudaron a que se cumpliera el destino de su pueblo, en este pliegue único y sagrado del tiempo.

Escrito por Hepsatis

De la escuela de Heleón más conocido como "El Bardo Resonante”

Hepsatis recogió las monedas. –Al final todo ha salido mejor de lo que creía–pensó contándolas–. Con esto tengo más que suficiente para conseguir comida y calor esta noche, sin necesidad de recurrir a los ahorros, puede que también compañía–. Hepsatis sonrió para sí –más de una muchacha he visto emocionada con el relato, puede que haya suerte, alguna ventaja tiene que tener ser un bardo, que las mujeres se enamoran de las historias.

Hepsatis oyó a alguien que se removía detrás de él ¿Qué haces todavía aquí chico? –dijo sin volverse. Yourio estaba de pie junto a Hepsatis y parecía que no fuera a irse–. No voy a seguir cantando esta noche. Todos necesitamos descansar, comer, y refrescar la garganta que se ha queda seca tras la narración del relato

Me gustaría irme contigo –dijo Yourio con aire de desafío–. Si aceptas mi compañía– añadió más conciliador–. Tú mismo dijiste que tengo espíritu de cantor. Podríamos continuar el viaje junto

Hepsatis miró a Yourio con el rabillo del ojo sin volverse. –Te esperan en tu casa chico, tus padres se angustiaran si no vuelves. Eres demasiado pequeño para salir por los caminos, tu sitio está aquí. Además yo viajo solo.

Yourio no se movió, Hepsatis meneo la cabeza–. Algo así me tenía que haber imaginado–. Se dio media vuelta y examinó a Yourio de arriba abajo.

No sé si habrá cumplido ya los catorce ciclos, aunque puede que su aspecto escuálido le haga parecer más pequeño. Se fijó en su pelo desgreñado, los moratones sobre las espinillas, sus pies descalzos y los arañazos de sus manos. –No parece que tenga una familia detrás haciéndole costado.

–Hepsatis suspiró–. Me parece que esta noche volveré a dormir en el establo, eso hace improbable que consiga compañía. Con lo que he sacado esta tarde tendré para que los dos cenemos, y echando mano del dinero de reserva, para comprarle mañana de ropa y calzado. Los harapos que llevas puesto no merecen ese nombre.

–Está bien Yourio, te vienes conmigo. Lo primero que haremos será cenar bien esta noche, parece que no sueles comer mucho. Mañana conseguiremos ropa para vestirte un poco mejor. ¡Ah, y nos daremos un baño! Si viajo con alguien prefiero que no huela demasiado mal. Los jovencitos nunca os laváis lo suficiente– dijo Hepsatis mientras Yourio enrojecía.

No tenía muchas posibilidades de hacerlo –protestó Yourio–. El rio viene muy frío en esta época, pero intento lavarme todo lo que puedo.

Lo sé chico– dijo Hepsatis, le puso la mano en el hombro. –Perdona mis palabras, espero que tu nuevo destino te guste, no pareces haber dejado nada que merezca la pena atrás. Siempre se agradece tener un compañero de camino. Habrá que ver si realmente tienes espíritu de cantor, es necesario si quieres ser feliz como bardo. No está mal ir por los pueblos y ciudades cantando las antiguas canciones, hay peores destinos que éste

Yourio sonrió–. Seguro que soy feliz, ese es mi nombre revelado. Yourio significa el que ama crear mundos con una canción

## Capítulo II: La fiesta de la partida

Comenzó a llover, la lluvia ganó fuerza repicando contra el techo de madera, el aire cálido olía a hierba y a tierra. Silagüa ensimismada miraba las gotas de lluvia deslizarse sobre las hojas del manzano. Estaban en el tiempo de las grandes lluvias del inicio de la primavera. El agua limpiaba la nieve, arrastraba el hielo pardo de tierra.

Esa noche se celebraría la fiesta de la partida. Los Silao cenaban en grupos familiares o de amigos, más tarde se reunían en el centro del pueblo saltar las hogueras. Así celebraban haber sobrevivido al invierno, felices de emprender la migración a Sauhivián.

La tarde avanzaba, Silagüa miraba hacía los últimos rayos de sol, al límite del prado, ahí donde la hierba se fundía en el naranja del cielo. Sentía el golpeteo de la lluvia mezclado con el ruido de su sangre, no oía otro sonido.

Silagüa estaba contenta, al fin había llegado la época de la partida a Sauhivián, hacia los bosques del norte donde pacían los ciervos en la primavera. Días enteros en los que cabalgar por largos caminos, noches templadas durmiendo bajo el cielo y no en una casa cerrada. El tiempo feliz de las reuniones nocturnas alrededor del fuego, oyendo la música de las flautas y los cantos, hasta caer dormida, rendida por la larga jornada.

Silagüa se sentía oprimida al final del invierno, con sed de espacio. Durante ese invierno se había sentido más asustada y sola de lo que quería admitir, ahora quería escapar del valle y de sus tristezas.

Algunos de los jóvenes Atabán ya estaban en los prados del sur, esquilando las ovejas semisalvajes que ahí pastaban. Reunían a los rebaños acorralando a las ovejas con perros. Antes de la esquila sacrificaban y ahumaban gran parte de los corderos para las fiestas previas al solsticio. No se cuidaba las ovejas el resto del verano, las abandonaban a su suerte. Tras la recogida de la cosecha, de trigo, el mismo grupo de pastores trasladaban los rebaños a los prados del este del valle, donde todavía quedaba hierba fresca.

Los muchachos que hacían el pastoreo trabajaban duro, y partían más tarde a Sauhivián, aunque una vez allí quedaban libres de casi toda responsabilidad y solo se preocupaban en bailar.

Este ciclo no le había tocado a Silagüa ir a pastorear a las ovejas. No le importó, así no se perdía la fiesta de primavera, ni el inicio de la migración. Silagüa prefería viajar con el grueso de la tribu, la migración era más divertida cuanta más gente había, aunque también disfrutaba si al final del invierno pasaba unos días en los prados. Su hermano la sustituiría en pocos ciclos en el turno de pastoreo. Pero no me sustituirá cazando, no abandonaré nunca la caza

Todos los Silao añoraban la migración a Sauhivián, las fiestas del prado, los bailes y los canticos. Añoraban el tiempo en que recorrían los caminos que se dibujan en la tierra, siguiendo en invierno al sol y los ciervos, sin más ocupación que la caza. Ahora los Silao pasaban la mayor parte del ciclo asentado, pastoreaban, cultivaban el cereal, algunos hasta comerciaban. No se pasaba tanto frio, ni hambre, pero tampoco recorrían al tierra.

Los primeros días los Atabán cabalgaban hacia el norte por el valle que bordeaba el bosque. Se dirigían hacia el macizo montañoso del monte Atabán que limitaba el valle por el este y por el norte. Por este les separaba del mar, al norte la única salida del valle era un paso estrecho entre la pared montañosa u el rio Arangüa. Los jóvenes iban delante, detrás las mujeres, los niños, algunos ancianos que todavía acudían al prado de Sauhivián, y los carros. Los guerreros adultos, los que ya habían dejado muy atrás el Shamhet, se dividían entre la vanguardia y la retaguardia. Los ojeadores que abrían el camino eran los encargados de vigilar la nieve

La parte más peligrosa del viaje era el ascenso por el desfiladero. Este recorría las estribaciones montañosas que precedían el inmenso macizo del monte Atabán, bordeando el río Arangüa. La nieve que se depositaba en las altas cumbres del lado este, podía caer en primavera, provocando peligrosos aludes. Esa era la razón por la que los Atabán esperaban a que las lluvias cesaran antes de partir.

Silagüa se sentía sobrecogida al llegar al final del desfiladero. Contemplaba la inmensa extensión de los páramos. Prados infinitos y desiertos, cubiertos de hierba seca, que comenzaba a verdear. Los tallos ásperos llegaban a mitad pierna y arañaban, Los ataban cabalgaban durante días entre la hierba, mientras el viento gélido de la montaña aullaba sobre sus cabezas. Eran los prados altos, la altiplanicie desierta, con sus escasos árboles y sus rocas de formas extrañas. Ahí te sabias en otro mundo, en un sitio mágico y sobrecogedor. A Silagüa le gustaba, pero no era un lugar para permanecer mucho tiempo en él.

Una vez atravesaban la altiplanicie el paisaje se volvía amable. Era fácil descender por el paso del norte hacia los bosques de Barión, magníficos con sus robles inmensos, que habían vivido durante cientos de ciclos.

Cuando entraban en las praderas de la tierra de los Tirguen, casi habían llegado al fin del viaje. La alegría les embargaba, e inducía a los más jóvenes a hacer locuras. Todos se sentían felices, ya llegaban al prado de Sauhivián, a la época feliz de las canciones y los bailes. Los Atabán se dedicaban a hacer carreras con los caballos por los campos extensos de la tierra de los Tirguen.

Como deseo ponerme a cabalgar –pensó Silagüa. Necesito estar al aire libre, tumbada en la hierba. Sentirme feliz mientras, con los brazos tras la nuca, miró las estrellas y mientras el sueño llega recordar el día. Volver a contemplar los paisajes vistos en el camino, contarme las historias vividas en la jornada, y así tener algo que rememorar en el largo invierno.

Silagüa no se sentía feliz bajo techo. Desde la muerte de su padre, y de su hermano mayor, hacía las funciones del varón de la familia. Silagüa, se ocupaba de la caza, del pastoreo y entrenaba como guerrero.

El invierno en que su padre y su hermano se perdieron en el bosque, Silagüa, con doce ciclos acababa de pasar la ceremonia del primer sangrado, y su madre fue quien asumió en papel de varón de la familia. Gilara pensaba seguir haciéndolo hasta la mayoría de edad de Targut. Gilara era una persona decidida, sabía cómo deslizarse por la espesura sin que los ciervos percibieran su presencia, y rastreaba bien las presas Hectileo el padre de Silagüa era como una criatura del bosque, y a su lado Gilara había aprendido mucho. Hectileo enseñó a Gilara a estar en el bosque, sentirse parte de él.

Hectileo había sido el mejor cazador de entre los Atabán. Silagüa añoraba los días que su padre la llevaba de caza. Cuando Gilara una vez superada su tristeza volvió a cazar, se llevaba a Silagüa con ella, las reconfortaba estar juntas.

Cuando en el otoño comenzaron los entrenamientos de los muchachos para el Shamhet, Silagüa le dijo a su madre que ella quería entrenar tambien, ser el varón de la familia. No sería la única muchacha, los varones escaseaban en el valle, nacían menos niños que niñas. El invierno era duro. El frio, los accidentes y la fiebre hicieron que muchas familias estuvieran formadas por mujeres y niños pequeños, más de la que los otros guerreros podían alimentar. Silagüa era fuerte para ser una muchacha, más ágil y resistente que Gilara, y tan decidida como ella.

Gilara lo estuvo pensando, no era una decisión fácil. A las muchachas que se entrenaban como guerreros les costaba encontrar pareja, por otro lado Targut asumiría ese papel en cuatro o cinco ciclos a lo sumo, Silagüa todavía seria joven. A ella le gustaría tener más tiempo para estar con los mellizos, que eran muy pequeños cuando falleció su padre y la necesitaban.

Silagüa, aunque nada decía, había sentido la pérdida de su padre en lo más hondo. Hectileo le había enseñado a cazar y también a sentir el bosque–. Creo que Silagüa se sentirá feliz cazando, le recordará los días dichosos en los que cazaba con su padre– pensó Gilara.

Gilara pidió consejo a Ruan, el hermano de Hectileo. Desde que Hectileo y Tecgueo se perdieron en invierno, muriendo de frío, se había convertido en un segundo padre para Silagüa, y sus hermanos. Entre los dos decidieron que Silagüa se preparara para pasar el Shamhet. Si Silagüa no era feliz, siempre se podía volver atrás

Con trece ciclos Silagüa pasaba el tiempo cazando con su madre y su tío, y entrenando con los muchachos de su edad la artes de lucha y el manejo del arco y la lanza. Silagüa pasó el Shamhet en el primer intento, y asumió el papel de guerrero.

A Silagüa le encantaba ir a cazar, pero no tenía la musculatura de los guerreros varones que la acompañaban. Aunque no lo reconociera ni ante sí misma, sus flechas no llegaban tan lejos de ellas se cansaba más. A la caída del sol llegaba rendida a casa, con los brazos y piernas doloridos.

Una noche agotada, rompió a llorar durante la cena en los brazos de Gilara, era duro ser la última por más que se esforzara

Todavía no has terminado de crecer Silagüa, ya lo harás, y te cansaras menos. Da lo mismo que seas menos fuerte, más lenta, o que no dispares tan lejos, con tal de que traigas carne a casa, eso es lo único que importa–.Dijo Gilara mientras le acariciaba el cabello para calmarla.

Al ver que sus palabras no servía de consuelo, Gilara decidió alabar su buena puntería–.Para el tiempo que llevas disparando es asombrosa la cantidad de veces que le das al blanco. Cuando hay que disparar a un ciervo cabalgando, sin tiempo para apuntar, superas a muchos de los guerreros de tu edad.

Silagüa, ya acostada en su jergón, se dio cuenta de la suerte que tenía–. No me puedo quejar de mi destino, acabo muy cansada, pero soy feliz siendo el guerrero de la familia. Me quedan cuatro ciclos hasta la mayoría de edad de Targut, cuatro ciclos de cazar, ejercitarme en el disparo con arco, en la lucha con lanza. Cuatro ciclos de ir a la cabeza en la migración a Sauhivián, muy por delante de los carros con las herramientas, los víveres, y los ancianos.

A Silagüa le preocupaba que ocurriría cuando Targut la sustituyera en su papel de varón–. No querré que esto acabe dentro de cuatro ciclos, nunca me uniré a un guerrero. No quiero dejar de ser lo que soy para acabar ahumando, moliendo, y cocinando. Tampoco pienso competir por los varones que quedan en el valle con las otras muchachas Atabán, y no quiero vivir en otro lugar.

Desde esa noche Silagüa tomo la costumbre de levantarse temprano para disparar con el arco. Despertaba con las primeras luces, se ponía rápidamente los pantalones cortos de algodón que usaban t hombres y mujeres como ropa interior, sobre estos los largos de piel, la camisa atada con lazos, de algodón o de lana según la estación, el chaleco de lana en los meses fríos, la chaqueta de piel y las botas blandas.

Silagüa montaba en su caballo y cabalgaba un corto trecho al norte, hacia el valle Atabán, para que no la vieran disparando desde la aldea. Ahí, en el linde entre el bosque y el prado se dedicaba a disparar, cada vez a mayor distancia, a los blancos que colocaba en los árboles. Le gustaba disparar mientras cabalgaba, dando vueltas a un blanco sin frenar la velocidad. Disparar mientras se cabalgaba era más difícil, pero a base de entrenamiento Silagüa había adquirido una rara habilidad. Ya no tenía que apuntar, ni siquiera pensar, solo dejaba la mente en blanco, estiraba el brazo, y disparaba la flecha.

Mientras Silagüa entrenaba, veía pasar a Garún, corriendo por el medio del prado. Garún era el segundo hijo de Hireún, el jefe de los Atabán, gemelo de Hirten el elegido como sucesor. Silagüa mientras pasaba a su lado lo miraba de reojo. Garún al frenaba el ritmo llegar a su altura, le devolvía la mirada, y sin decir palabra seguía corriendo hacia el norte, y desaparecía por el horizonte.

– Cada vez corre más rápido– pensaba Silagüa–. Nunca había visto a nadie correr tanto

Las mañanas en las que iba a cazar se cruzaba con Garún en el momento salía de su casa y atravesaba el pueblo. Garún pasaba corriendo a su lado mientras ella se dirigía cabalgando al rio donde abrevaban los ciervos. Garún siempre cantaba a gritos al principio de la carrera, hasta que se le acababa el aliento.

Silagüa sentía curiosidad por Garún. Este era un muchacho extraño, muy diferente del resto de los chicos de la aldea. Algunas de las muchachas se burlaban abiertamente de Garún, por sus carreras y sus canciones, por haber sido postergado en la sucesión a la jefatura, y sobre todo porque no cazaba.

A Silagüa le intrigaba que Garún nunca fuera a cazar, y lo había comentado con su madre, disimulando su interés. Silagüa le dijo a Gilara entre risas, que Garún estaba demasiado loco para dejar de correr y cantar, y permanecer silencioso al acecho.

Su madre se puso seria, no era un tema del que le gustara hablar, que los hijos de Hireún fueran gemelos suponía un problema. La sucesión a la jefatura de los Atabán preocupaba a los habitantes del valle, aunque no hablaran abiertamente sobre ella.

–Tú sabes que la respuesta no es esa –dijo Gilara–.No es que Garún no cace porque esté demasiado loco Silagüa. A Garún no se le permite cazar, piensa el porqué.

Silagüa le estuvo dando vueltas sin entender lo que Gilara le había querido decir. Así era su madre, no le daba la respuesta para que ella la encontrara. Esa noche mientras rebullía en la cama sin poder dormir, supo porque Garún no cazaba, se extrañó de no haberlo entendido desde el principio. Garún era gemelo de Hirten, casi indistinguible de él. Al ser hermanos y de la misma edad, tendrían que ir a cazar juntos. A Garún no le permitían competir con su hermano, el futuro jefe de los Atabán, el sucesor de Hireún.

El hecho de que su padre eligiera a Hirten para sucederle, se había interpuesto entre los dos hermanos. A diferencia de lo que ocurría cuando eran pequeños, cuando apenas se separaban el uno del otro, nunca se les veía juntos, como si no se soportaran. Hirten tenía un grupo de amigos de su edad, que buscaban congraciarse con el hijo del jefe, y ninguneaban a su gemelo.

Su prima Luana salió del interior de la cabaña y se sentó en el largo banco adosado a la pared. Luana tenía risa en los ojos

–No ves la hora de marcharte Silagüa, siempre te ha costado permanecer bajo techo.

–Todos deseamos la partida, es la época más feliz del ciclo, y necesito estar al aire libre. Me canso de estar sentada alrededor del fuego, trabajando en las tareas monótonas del invierno: cosiendo, moliendo, curtiendo las pieles. No me gusta permanecer encerrada en la casa a la caída de la tarde, ni tampoco estar pegada a la chimenea envuelta en mantas en los días fríos, oliendo el humo en vez del aire fresco. Odio permanecer en casa por las noches sin poder salir fuera a mirar el cielo.

–Bien a gusto que se está en el invierno alrededor de la chimenea, cuando está todo cubierto de nieve, bebiendo vino y escuchando leyendas y canciones– la interrumpió Luana.

A ti también te gusta la partida Luana, te gusta cabalgar

–Los primeros días soy feliz cabalgando, pero la migración es agotadora Silagüa. Al final del día no sabes cómo sentarte, te duelen el culo y las piernas de estar todo el día a caballo. Cuando llega la noche estamos cansados, y todavía hay que montar las tiendas, y preparar la cena. No tienes ya fuerzas en los brazos para cargar el agua, ni siquiera para remover los guisos. Solo deseo que llegue la hora de tumbarme y dormir. Al final de la migración no veo la hora de llegar. Me imagino ya en el prado de Sauhivián, descansando, cantando, y oyendo las viejas canciones de los otros pueblos.

–Todos pensamos en el prado, cuando nos acercamos a Sauhivián vamos tatareando entre dientes –dijo Silagüa riendo.

Luana también rio – Lo que más me gusta de viaje son los caballos, mirar sus ojos enormes, como te buscan para que les acaricies y les mimes. Al final ellos también están muy cansados.

Yo no me canso tanto. Supongo que porque todos los días tengo que correr y cabalgar más que tu– dijo su prima. No estoy tan cansada como para no disfrutar a la llegada del crepúsculo, cuando el aire se vuelve transparente, y decidimos el prado en el que acampamos. Después de cenar y beber el cansancio desaparece. Me gusta estar sentada debajo de los cielos despejados que siguen a las lluvias, de las numerosas estrellas que caen desde el cielo al principio de la primavera. No me canso de mirarlas, no me iría a dormir.

Luana asintió. También a ella le encantaba estar sentada por la noche, mirando las estrellas

– Al menos durante el viaje tenemos algún día de descanso, cuando paramos para aprovisionarnos y que reposen los caballos. Me gusta ir a acariciarlos y holgazanear.

– A mí me también me gustan esos días, aunque me toca madrugar por la mañana. Los guerreros tenemos que cazar para que la tribu tenga carne.

–Yo también tengo que despertarme pronto para ir a buscar agua y preparar el desayuno– protestó su prima–. Aunque lo bueno de los días de descanso es que casi todas las tareas se acaban con el cenit. Una vez se zurce la ropa, se recoge leña y se buscan frutos silvestres y hierbas por el bosque no queda mucho que hacer. Por la tarde podemos holgazanea, e ir a nadar, y si la corriente es muy fuerte y no podemos meternos en el río, al menos jugamos con el agua. A ti te encanta tirarte al agua y nadar lejos, un día si no tienes cuidado te vas a ahogar.

Silagüa suspiró–. Me has hecho añorar aún más la partida, ahora sí que no veo la hora de irme. Vas a conseguir que agarre el caballo, y salga corriendo por el prado aullando–. Luana se rio.

Se quedaron calladas pensando en la fiesta de esa noche–.A ti también te gusta estar alrededor del fuego en el invierno escuchando historias– dijo Luana–. Sobre todo cuando viene Ruan mi padre, siempre te hace reír

Ruan es muy divertido –dijo Silagüa–.Siempre está de buen humor, dispuesto a hacer bromas y a contar historias. Me gusta sobre todo cuando canta, se inspira mucho tras la segunda jarra de cerveza. Nadie canta como él las canciones de los Silao, y se sabe todas las leyendas. Ruan añade detalles y versos que nunca he oído. Pero a Ruan le puedo escuchar al aire libre, no necesito estar encerrada para oírle cantar.

–Si pero al aire libre prefieres estar con los guerreros jóvenes aunque canten mal.

Silagüa no dijo nada. Era verdad que en el prado no se iba a oír cantar al tío Ruan, sino que recorría los grupos de jóvenes de las distintas tribus oyendo nuevas canciones. Le gustaba escuchar la música de las flautas y los tambores que se tocaban esas noches previas al solsticio. Silagüa se sentía tímida cuando recorría las hogueras, buscaba pasar desapercibida y que nadie la mirara. Le parecía que todos se quedaban mirando su pelo de color rojo intenso, de un rojo poco visto entre los Silao, y del que se sentía a la vez orgullosa y avergonzada. Cuando iba a escuchar canciones de las otras tribus Silao, se situaba apartada del círculo de hombres y mujeres sentados alrededor del cantor, al lado de Luana.

Silagüa no se mostraba tan reservada entre los miembros de su propia tribu. Entre los Atabán el que mejor tocaba la flauta era Garún, uno de los dos hijos de Hireún el jefe de la tribu. Era capaz de tocar con la flauta canciones interminables sin letra, y cuando empezaba todos le escuchaban en silencio. Encontraban tan hermosa la música que improvisaba que nadie le interrumpía, lo que era extraño ya que los Silao preferían las canciones y la narración de leyendas a la música.

–Ruan debería enseñar más canciones a Calogán, tiene la voz de su padre– dijo Silagüa, aunque nunca canta en las fiestas de la familia. Cuando está Ruan calla, bueno callamos todos.

Excepto Nireo, a Ruan y él les gustaba cantar juntos. Espero que esta primavera nos lo encontramos en el prado, madre lo echa de menos, esta noche está triste.

El encuentro en Sauhivián era el momento en que las parejas se formaban, ahí se concertaban matrimonios para el siguiente ciclo entre los jóvenes de las diferentes tribus. Los Silao iban de hoguera en hoguera conociéndose, y luego se buscaban en el baile del prado común.

Nireo el hijo mayor de Leila había conocido a su mujer Hutela en el prado. Hutela pertenecía a los Hinsui. La tribu de los Hinsui era la más nómada, la que más conservaba la antigua forma de vida de los Silao, vagaban por todos los territorios sin respetar los límites. Era la tribu más hosca, la que se había unido más tarde a la alianza de Sauhivián. Hasta su forma de hablar era diferente, con palabras que el resto de los Silao no recordaba, palabras de camino.

En las tierras deshabitadas del noroeste tenían los Hinsui un pequeño asentamiento al que acudían tras la caza de las águilas, solo ellos conocían el lugar que mantenían es secreto. En el poblado se quedaban, durante la larga migración del otoño y la primavera, los ancianos, niños muy pequeños y mujeres embarazadas. Se quedaban al cuidado de un puñado de guerreros, junto con las armas, las herramientas más valiosas y los objetos sagrados.

Los Hinsui amaban apasionadamente los caballos, sin ellos no podrían recorrer la tierra, para ellos sus monturas tenían un carácter sagrado. Recibían con fiestas los nacimientos de los potros al principio de la primavera, celebraban duelos por su muerte.

Los Hinsui nunca arriesgaban sus caballos saltando obstáculos, ni recorriendo distancias extenuantes. Les importaba su bienestar más que el de ellos mismos. Sin embargo conseguían llegar más lejos y más rápido en una jornada que ninguna otra tribu. Era asombrosa la distancia que llegaban a recorrer hacia el sur en invierno, y hacia el norte en verano

Cuando un Hinsui perdía su montura preferida ayunaba durante tres días. Después se bañaba en la cabaña de sudación, se frotaba con menta y lavanda. Una vez purificado buscaba entre los potros nacidos el ciclo anterior, y escogía el que más se asemejaba a su montura perdida en porte y temperamento, muchas veces uno de sus hijos. Jamás repetían el nombre de su caballo en su nueva montura, el espíritu no era el mismo.

En el pasado las tribus Silao habían combatido contra los Hinsui, y sufrido sus venganzas, no querían que atravesasen sus territorios. Para los Hinsui Geiya es de todos los que la habitan, nadie puede apropiarse un trozo para sí, no más que el espacio de su tienda. Aunque los Hinsui no iniciaban las hostilidades, las guerras les habían dado fama de sanguinarios. Fue contra de los Hinsui contra la que se levantaron los Hereos, temían por sus caravanas. Para los Hereos los Hinsui no valían nada, no les trataron como guerreros, atacaron a sus mujeres y niños. Los Hereos lo pagaron, su líder fue juzgado en Sauhivián y decapitado. Desde entonces los Hinsui acudían al prado todas las primaveras. Eran los primeros que llegaban, los últimos que partían. Siempre en varios grupos se cubrían las espaldas, has de ser precavido si vives en el camino.

Cuando Nireo decidió que no querría vivir lejos de Hutela, ni siquiera se planteó que ella abandonara su tribu–. Era imposible que Hutela se adaptara a otro tipo de vida –explicó–. No habló de sus propias ganas de huir del valle y vivir de una manera distinta. Hutela y Nireo bailaron en el prado en primavera y partieron en el verano. En Sauhivián compartía alguna cena con su antigua familia, a Nireo se le veía serio y callado pero feliz, aunque solo sonreía con los ojos, estaba muy delgado. La primavera pasada Nireo no acudió a las fiestas del prado, su mujer había tenido un hijo al final del invierno. Laia aún no conocía a su primer nieto.

–Tengo muchas ganas de estar en Sauhivián–dijo Luana, disfruto yendo por la noche de hoguera en hoguera oyendo las diferentes canciones. Me gusta bailar, pero mi espíritu se encoje si los guerreros me miran cuando bailamos las chicas solas. En los bailes de grupo, cuando hay que dar vueltas, agarrarse y soltarse y luego bailar en parejas, acabo siempre delante de la persona que menos conozco, y no sé dónde mirar cuando bailamos juntos

A Silagüa le resultaba extraño que su prima, que era tres ciclos mayores que ella, todavía no hubiese encontrado pareja para el Démefi Enos, la ceremonia de unión que se celebraba entre los Silao. A su edad casi todas las muchachas tenían pareja y uno o más hijos. No sé lo que Luana está esperando, puede que le pase como a mí, que no quiera abandonar el valle Atabán y a su familia, y aquí quedan pocos varones de nuestra edad.

El hecho de que los últimos ciclos nacieran muchos menos varones que mujeres en el valle se había convertido en un problema. En la generación de Silagüa las mujeres duplicaban a los hombres. Si eso seguía así la tribu desaparecería.

A Silagüa tampoco le terminaba de gustar el baile, le ponía nerviosa que los guerreros de otras tribus se pusieran a rondarla. Si acababa de pareja con uno de ellos tendría que abandonar el valle Atabán–. Es un sitio inhóspito– pensó Silagüa– lejos de todo y con una tierra poco rica pero no viviría en otra parte.

Hasta el ciclo pasado Silagüa no pudo participar en los bailes del prado. Las mujeres tenían que esperar al menos un ciclo tras la pubertad y la ceremonia del primer sangrado para hacerlo. Silagüa había pasado por esa ceremonia hace más de tres ciclos. Pero tras la muerte de su padre había pasado a ser un guerrero varón, y para acudir al baile tuvo que esperar otro ciclo, durante el que estuvo entrenando para pasar el Shamhet, con los otros muchachos que iban a cumplir los catorce. Tras el paso del Shamhet, Silagüa ya pudo participar en el baile.

Silagüa el ciclo pasado se avergonzaba cuando bailaba con guerreros que apenas conocía y la miraban con ojos brillantes. Al final se ofuscaba y terminaba escapándose entre los árboles, procurando no molestar a ninguna de las parejas que por ahí se perdían.

Silagüa sabía que Luana sentía lo mismo que ella, que también le era imposible pensar en abandonar el valle. Los mayores se reían de ellas cuando se negaban a bailar y se escapaban. Por otro lado Silagüa no quería dejar de ser lo que era ahora, una mujer guerrera y cazadora–. No me veo abandonado la caza, el tiro con arco y el pastoreo, para meterme de nuevo en casa encargándome de la huerta, la comida, y el tejido pensó. No soportaré estar encerrada, y es lo que pasaría si buscara pareja y me casara. Además alguien tiene que dar de comer a mi madre y los mellizos

–En que piensas –la interrumpió Luana

–En nada, en irnos, en la migración de primavera

–No nos iremos mientras siga esta lluvia. Nunca había llovido tanto, ni tantos días al inicio de la primavera.

Silagüa sonrió, todos los ciclos la gente del valle decía lo mismo, que era el ciclo con más lluvia que recordaban. Miró al cielo, ya anochecía. En el horizonte grandes nubes formaban un techo sobre el sol descendente. Éstas eran grises y opacas, brillaban por el efecto de la luz vespertina, como un cielo metálico que quisiera cubrir la franja de luz rojiza–. Esta noche habrá tormenta, pensó Silagüa –. Silagüa no recordaba tantos días seguidos de lluvias.

La lluvia cesará pronto y luego partiremos. Uno no puede pelear con el cielo, ni con el paso de los días– dijo Luana.

Luana era la única amiga de Silagüa, a la que confiaba sus secretos, al menos hasta este invierno. Las dos eran muy distintas, y su papel en la familia haba acentuado sus diferencias. Luana era tres ciclos mayores que Silagüa, tranquilos y perezosos. Luana era única mujer entre cinco hermanos, la niña de los ojos de Ruan, y se dejaba mimar. Luana ayudaba en la cocina, tejía, se ocupaba del huerto, y disfrutaba de mucho tiempo libre. Le gustaba cuidar plantas aromáticas y flores, y cabalgar a la caída de la noche. Solía acompañar a Afera la curandera en sus paseos por el bosque para recoger hierbas curativas. A Luana le interesaba todo lo que servía para aliviar el dolor, y curar.

Silagüa le envidiaba su risa y su talante placido. Luana siempre estaba de buen humor, Silagüa era mucho más inquieta, a veces no sabía que hacer consigo misma.

Una mañana saldré corriendo detrás de Garún, y todo el mundo se reirá de mí al menos tres estaciones– pensó–. En ocasiones estuvo tan tentada por la idea, que llegó a recoger el arco y guardar las flechas. Le había parado el miedo a que alguien del pueblo la viera, y la certeza de que jamás lograría alcanzarlo.

Esta mañana hemos horneado pan, y tortas dulces para el postre. En la despensa quedan manzanas, las asamos con las batatas, así no se verán tan arrugadas y estarán más dulces. Hay cuajada, miel, conserva picante de pescado, cerveza, y vino de bayas de la cosecha de la primavera pasada. Espero que tío Ruan traiga bastante carne ahumada, él come como cuatro y en casa ya no queda, aunque al final del invierno no se puede pedir más– pensó Silagüa

Luana respondió– .A mi padre le queda bastante ciervo ahumado de reserva, traerá esta noche. La cena será digna de Mansur. Tendrías que permitir que os trajéramos carne con más frecuencia Silagüa, vosotras estáis solas, a veces no consigues cazar bastante.

Silagüa no quiso responder, Luana tenía razón, el último mes apenas habían probado la carne. Silagüa era la encargada de la caza en su familia, y no le gustaba que le ofrecieran carne, como si en su casa viviera una anciana que no pudiera cazar. Con leche, huevos y conserva de pescado casi siempre bastaba. La semana pasada Silagüa consiguió dos conejos que habían caído en una trampa. Estaban delgados tras el invierno, pero era la primera carne fresca en meses.

En las últimas semanas, más de una noche Silagüa se había quejado de dolor de cabeza y no había cenado, para que le tocara más a los mellizos. Con diez ciclos a Targut y Thula el hambre no se les acababa. Las raciones eran escasas para un niño que crecía. Esas noches Silagüa se acostaba temprano tras tomar un vaso de leche tibia, no le importaba. Así se levantaba antes que los otros guerreros y tenía más oportunidades en la caza.

– Vamos Silagüa– dijo Luana–. No te quedes así, encantada con tus pensamientos. Vamos a la cocina que hay que preparar la cena. Tu madre ya habrá extendido los brasas. No podemos estar charlando más tiempo como viejas ociosas, somos bastantes a cenar.

Silagüa se volvió hacia y se encontró con que ésta ya había pasado al interior de la casa, hacia la cocina. Se apresuró a ir tras ella.

Las muchachas pasaron un paño húmedo por la mesa de madera y distribuir tenedores y algún cuchillo. Gilara ya había sacado las batatas y manzanas de las brasas de la chimenea. Colocaron los platos de loza en el centro con la carne, las batatas y las manzanas asadas, también pequeños cuencos llenos de distintas bayas de color rojo o negro y sabor acido, y pimientos secos picantes. Gilara puso un queso de color verdoso en medio de la mesa.

–Tiene un sabor fuerte y picante, he conseguido cambiar la forma de fermentarlo–. Dijo Gilara. Los mellizos protestaron tapándose la nariz entre risas y dándose aire, hasta que pusieron el queso de la discordia en el extremo opuesto de la mesa tapado con un plato. No por eso los gemelos dejaron de protestar y bromear acerca del queso, esa noche se sentían felices. Disfrutaban cenando en compañía de sus tíos y primos, todos lo hacían cuando se reunían. El que dentro de pocos días se dispusieran a partir a Sauhivián les hacía estar exultantes

Ruan sirvió un gran vaso de cerveza a todos los presentes incluidos los mellizos. Si se duermen pronto darán menos la lata– dijo Ruan guiñándoles un ojo a los pequeños.

Al final todos se sentaron a comer, siempre lo hacían en el mismo orden. A la cabecera de la mesa se sentó la madre de Silagüa Gilara, con los mellizos a su lado, Targut el chico a su izquierda, Thula la niña a la derecha. A continuación se colocaron las dos primas Silagüa y Luana, una enfrente de la otra. Luego se sentaba el tío Ruan, el hermano de Hectileo el marido de Gilara, con su mujer Leila enfrente de él, y su hijo Calogán a su lado con su hermano pequeño Feila enfrente. En el extremo de la mesa se sentaron el hermano de Leila, Gudem, con su hijo Urión. Su otro hijo no vendría a cenar, estaba en los prados en el pastoreo. Kecteo el hermano de Gilara estaba pasando una temporada entre los familiares de su mujer los Néridos, emparentados con los Atabán. Se habían llevado con ellos a sus dos hijos por lo que la mesa estaba más vacía de lo habitual. El hermano mayor de Calogán, Nireo tampoco se sentaba ya con ellos. Se había ido a vivir con la tribu de su mujer y apenas lo veían, Leila lo echaba siempre de menos.

Al pie de la mesa estaba el hueco de los que ya no volverían a ver. Hace ya cuatro inviernos que el padre y el hermano mayor de Silagüa habían muerto. En su sitio se colocaba un vaso de vino que, al acabar la comida, Silagüa y su madre apuraban de un trago. La madre bebía en el vaso de su marido, Silagüa el de su hermano. Silagüa miró al pie de la mesa, pensó en ellos con añoranza, y les deseo paz para sus espíritus.

–Cada vez somos menos– pensó Gilara con pesar–. Recordaba otras fiestas en las que los pequeños tenían que sentarse en el suelo por falta de espacio. Las muchachas dejan el valle y no nacen varones. Se suceden los accidentes y los guerreros mueren.

–No lamentes lo perdido– se dijo Gilara–, fíjate en lo que te rodea hoy para recordarlo mañana. Hoy no quería entristecerse pensando en los muertos, en su marido y su hijo mayor.

Bromearon durante la cena de buen humor. Ruan alababa a su hija por su recato–. Si sigues sin bailar con nadie en Sauhivián te tendré a mi lado siempre en mi vejez ¿Qué más querría pedir un padre?– Luana enrojecía y protestaba, Silagüa reía hasta que le tocó el turno a ella.

– Este ciclo los guerreros más valientes, en vez de desafiarse a rastrear el ciervo, correr, o disparar, se retarán a buscar el agujero donde te escondes en Sauhivián y sacarte a bailar – bromeó Calogán–. Seguro que el consejo de ancianos vetará esta prueba, por su extrema crueldad.

Ruan miró a Silagüa, que roja como la grana se defendía de los que se burlaban de su timidez. Este invierno la había sorprendido en un par de ocasiones, saliendo a escondidas de su casa en dirección a la aldea. Pensó preocupado que hacía demasiado frio para aventuras nocturnas, pero no quiso seguirla, Silagüa era capaz de cuidar de sí misma. Ruan no se imaginaba a Silagüa con un amante escondido, pero ¿Qué otra explicación podía haber?

– Silagüa asegura que nunca buscara pareja, pero no creo que ese sea su sueño. No se la ve muy feliz, no le debe resultar fácil.

Ruan no había querido comentárselo a Gilara, ese invierno estaba abrumada con sus preocupaciones, no quería añadirle una más. Tampoco quería hablar con su madre de Silagüa a sus espaldas, sentía como si la traicionara–. Silagüa confía en mí no quiero que deje de hacerlo, ya le han ocurrido demasiadas cosas–.Ruan sabía que tenía que hablar Silagüa, pero no se decidía, En Sauhivián la abordaré, que mejor sitio para hablar del amor y del deseo que el prado.

Gilara se acercó al hogar y trajo sobre una bandeja de loza, una tarta de color amarillo suave punteado de azul.

–Espero que os guste, está hecha de queso fresco y arándanos. Larguea me enseñó cómo hacerla. La primera que cociné no me pudo salir peor, fermenté la leche en vez de cuajarla, tenía un sabor agrio que aun estropeaba más la miel. La dejé enfriándose sobre la mesa, mientras se me ocurría como aprovecharla, y al volver entre Silagüa y los mellizos se la había acabado de una sentada. Me enfade mucho con los pequeños, iban a caer enfermos ¿Cómo habían podido comer tanto de una vez? Ellos acusaron a Silagüa, apenas habían probado la tarta, no les gustaba nada su sabor. Por una vez tuve que creer a los mellizos, era difícil que un niño disfrutara comiendo algo que tuviera un sabor tan fuerte. Esa noche oí gemir en el desván, donde dormían los mellizos y Silagüa, ésta se retorcía de dolor de tripa, se había empachado.

Vaya con Silagüa el disciplinado guerrero, el que más practica su puntería–.rio Calogán–.No sabía que fueras tan glotona, parece que tu debilidad son las tartas de queso. Si te pesa el culo no podrás seguirnos por el bosque cuando cacemos.

Silagüa tuvo que esperar a que todos pararan de reír, nadie la oía.

No soy glotona–, protestó. Gilara había servido una jarra de cerveza y se había ido. Estaba distraída, pegué un sorbo de cerveza y comí un trozo de tarta para que la bebida no me mareara, estaba tan agria que volvía a beber, ni me di cuenta de cuanto bebía o comía. Cuando volví a mirar no quedaba nada. Ni disfruté la cerveza, ni me di cuenta de cuánto había comido. Además sabéis que no me quedo detrás cuando vamos de caza– dijo elevando el tono de voz.

–Parece que tengo una sobrina gran comedora y bebedora–, dijo Ruan–. Es lo lógico ya que eres el cazador de la familia. Gilara tendrá que esconderte la cerveza para que no alegres tu espíritu en exceso por las noches.

–Solo me pasó esa vez–. La cara de Silagüa ardía–. Estaba pensando en otra cosa. No abuso nunca de la cerveza ni el vino, aún menos de la comida. En casa apenas hay bastante para comer, menos para atiborrarse– pensó Silagüa para sí.

– ¿Y en que pensabas Silagüa?– Intervino Gudem– ¿Qué es lo que llenaba tu imaginación mientras te atiborrabas? Me encantaría saber quién es el guerrero que te hace soñar despierta – Le guiñó el ojo a Silagüa ante el regocijo general

Silagüa enrojeció en medio de las carcajadas de los demás. Urión se atraganto y hubo que golpearle la espalda. A Targut le salió cerveza por la nariz, y aprovechó para crear un gran alboroto. Su madre le hizo levantarse e ir a por un paño para secarlo todo, tras darle un azote.

No estaba pensando en un guerrero, pensaba en todos ellos. Al día siguiente se celebraría la competición de tiro con arco, los ganadores competirían en las fiestas del prado contra las otras tribus Silao. Era la primera vez que yo participaba, y la única mujer que competía, no quería quedar en mal lugar.

Su tío Gudem dejó de reír de golpe–. Vaya Silagüa, desde luego no quedaste en mal lugar. La primera vez que competías, y poco falto para que quedaras por delante de Hirten, que es el mejor arquero entre los jóvenes guerreros, y a pesar de la mala noche que habías pasado. Yo después pasar una mala noche por abusar de la comida y la bebida, no acertaría ni la puerta de mi casa a veinte pasos.

Mi madre me preparo una de sus infusiones de hierbas, aunque no le guste reconocerlo sus remedios son mejores que los de Afera.

Gilara no ejercía de curandera, pero más de uno prefería acudir a ella antes que a la curandera de la tribu Atabán. A pesar de usar las mismas plantas que los de otras curanderas Silao, sus remedios solían ser más efectivos.

Solo quedé detrás de Hirten en los últimos disparos, las dianas estaban demasiado lejos, me era difícil alcanzarlas. No soy tan fuerte como los otros guerreros. Pero excepto en los últimos disparos, nadie me superó.

Te recuerdo muy segura – dijo Ruan–. Es difícil disparar mientras se cabalga, ahí nadie se puede medir contigo, lo hiciste muy bien. Eres buena con el arco Silagüa y muy tenaz. No hay una mañana en que te vayas a disparar al prado. Hirten tiene un don, pero no practica lo suficiente.

Me gusta disparar, me divierte hacerlo. A Hirten le da todo igual, no le falta quien le adule y le ría las gracias.

Yo lo vi burlarse de Silagüa delante de sus amigos–intervino Thula con voz chillona. Silagüa se puso roja de rabia. Targut apostó a que le pegaría.

No te aconsejo que pegues a Hirten Silagüa, al menos delante de los miembros del consejo–dijo Ruan riéndose. En el prado tienes otra oportunidad de vencerle, ahí de nada le valdrá a Hirten ser el sucesor.

No es lo mismo competir en el valle que delante de todas las tribus. Si esa mañana se me veía tan segura, es porque después de la mala noche, creí que lo tenía todo perdido, en cambio disparé mejor que ningún otro día. Puede que los remedios de mi madre me ayudaran, dicen que hay magia en ellos–dijo Silagüa mirándola.

– Gilara se enfadaba cuando se le hablaba de hechizos y magia. Era injusto que Gilara pagara por las burlas, pero ya era tarde para callar–.No tenía que haber dicho nada–, pensó Silagüa, he molestado a mi madre, y a todos Hasta ese invierno bromear sobre la magia no era más que eso, ya no volvería a ser así.

Hasta esa noche Silagüa no se había parado a pensar en la posible magia curativa de su madre, la idea la aterrorizó. Silagüa sacudió la cabeza para librarla de malos pensamientos – No quiero pensar en ello esta noche. Es noche de fiesta.

–. Lo que ocurre es que después de este relato, no os atrevéis a probar mi famosa tarta–intervino Gilara deseando cambiar de conversación. Ni siquiera el tragón de Calogán, que en algo sale a su padre. Entre los dos serían capaces de devorar a su difunta abuela, si estuviera puesta en un buen adobo.

La cena transcurrió en un ambiente de bromas y risas. Risas más estridentes y más agudas conforme la noche avanzaba, y los brindis se sucedían Fuera hacía frío, la lluvia golpeaba contra los postigos con fuerza, pero en la sala se había creado ese ambiente de bienestar tan grato, como siempre que se celebraba una gran comida tras semanas de racionar los víveres durante el invierno.

Se acerca la migración de la primavera, no vamos a comer tanto durante el camino. Hemos ayunado antes y ayunaremos más tarde. Vamos a disfrutar de esta noche. La única que no comía ni bebía mucho era Silagüa–. Seguro que vuelven a meterse conmigo en cuanto me vean coger otro trozo de tarta pensaba. Esa noche se había propuesto disfrutar de la fiesta, pero todo lo que la había atormentado este invierno estaba delante de sus ojos. Silagüa se sentía triste y desconcertada. No sabía qué hacer ni se atrevía a pedir consejo. La propia tristeza le hacía imaginar que todos hablaban de ella, la señalaban.

Leila también estaba seria, y no participaba en las bromas. Se levantó tras haber comido algunos bocados y expresó su preocupación por su hijo más pequeño Hanacte, que había quedado en casa con su abuela. Salió por la puerta casi llorosa, con los ojos bajos.

–La tía Leila necesita estar sola para trenzarse el cabello –dijo Ruan. Los Silao se rehacían el peinado cuando se sentina felices, o apesadumbrados. Era una de las maneras en que se encontraban a sí mismos

–No puede pensar que un oso hambriento se puede comer a la mala bestia de su niño–, bromeó Targut–. Hanacte es toda piel, huesos, y malas ideas, vaya montón oloroso de mierda en que lo transformará. Su piel debe de picar más que la de este pimiento, y apenas si tiene algo que masticar. Eso le falta al pueblo, un oso furioso y hambriento acechando en la noche, con dolor de tripa y el culo en llamas

–Es un comentario grosero, si haces bromas como un niño, no vas a beber más como un hombre–. Le riñó su madre–.

Seguro que la idea del culo ardiendo debe venir de tus propios recuerdos tras atiborrarte de pimientos picantes–, añadió burlona Luana. Targut bajó la cabeza, sin saber que contestar.

–Leila se encuentra triste esta noche– dijo Ruan. Calogán quiere unirse con Hilua, la hija del poderoso Hungeo–. La primavera pasada bailó juntos en el prado. Si cuando se vuelvan a encontrar en Sauhivián lo acepta, se irá a vivir con ella.

Hilua era una chica morena muy joven, perteneciente a la tribu de los Hereos. La primavera pasada en Sauhivián, Hilua se había sentado alrededor de una hoguera con miembros de la tribu de los Peléidos, y había cantado con ellos. Hilua tenía una voz clara y conocía canciones de los marinos de dónde provenía su madre. Los Peléidos amaban las canciones que hablaban del mar. Calogán la había acompañado en la canción de Ereuk y Derea, recitando juntos los diálogos de los amantes separados por sus familias. Así habían empezado a conocerse

– No sabíamos nada, no les vi bailar juntos en Sauhivián.

–Ya estamos escasos de varones jóvenes en la aldea para que se nos vayan –protestó Luana–. Ella sería como mujer la que tendría que venir aquí. Pero ha sido una condición que ha puesto Hungeo, que Calogán permanezca con su pueblo al menos los primeros ciclos.

Tendrías que ver a Hilua Gilara–dijo Ruan. Yo si vi como bailaban la fiesta pasada. Hilua es una cosita menuda y morena, parece una chiquilla, al lado de Calogán ni se la ve. Cuando trabaja siempre está cantando para sí canciones interminables. Hilua ha hechizado a Calogán y nos ha quitado otro hombre al pueblo. Esperemos que fuera del valle Calogán tenga hijos varones, y alguno quiera volver. Querrán conocer las fiestas del otoño al pie del monte Atabán, o las del entierro del sol en el solsticio invierno.

A pesar del tono jocoso, se hizo un silencio brusco en la habitación. En el valle Atabán nacían pocos niños, y menos niños que niñas. En los tres últimos ciclos no había nacido ningún varón. Suponía un problema para las muchachas de la edad de Silagüa y Luana que habían comenzado a marchar a otras tribus tras casarse. Por esta razón a algunas muchachas como Silagüa, las reconocían en el pueblo como guerreros hasta la mayoría de edad de sus hermanos, o cuando se casaban. Los rumores de un hechizo, de una maldición se habían extendido a las otras tribus Silao, y muchas de estas los miraban de reojo.

–Esto nos pasa por ser los Atabán, lo que queda de la tribu de Eshilia. Siempre nos perseguirá la mala suerte, siempre habrá más hechizos y más magia entre los Atabán, que en ninguna de las otras tribus Silao– dijo Luana.

Todo esto no es más que cuentos antiguos para contar a los niños alrededor del fuego y que se duerman pronto–. Nadie en el valle recuerda la canción de la hechicera Eshilia, ni qué consistía la maldición que nos echó–dijo Gilara.

Luana interrumpió –Se dice que Eshilia no envejece, que lleva viva innumerables ciclos, y que habita con su pueblo los Hunirios a las orillas del lago Gaihem, y que los Hunirios y nuestro pueblo eran uno solo, antes de que la tribu se partiera en dos

Los Atabán no conocemos ninguna magia, solo la que nos revela el nombre del espíritu de los nacidos, como todas las otras tribus Silao. Nadie que yo conozca ha visto nunca a los Hunirios, los habitantes del pueblo escondido del lago–dijo Ruan

La madre de Silagüa había palidecido. Gilara era una mujer de apariencia tranquila, que adoraba la caza, la música, y las reuniones familiares alrededor del fuego y la cerveza. Se dedicaba a cuidar a los suyos, ese era el significado profundo de su nombre. Sin embargo tenía su genio, y hace dos estaciones le dio un buen tortazo a Eviria la chismosa del pueblo, a la que sorprendió diciendo que a todas las hechiceras se les mueren pronto sus maridos. El comentario era tan malintencionado que nadie le pudo reprochar su acción, y a Eviria se le hizo el vacío largos meses. Desde entonces nadie se había atrevido a hablar de magia delante de ella. Había aumentado el respeto, pero también el miedo y la distancia.

–Gudem cállate–, dijo Gilara enfadada– Los Atabán no pertenecíamos al pueblo de Eshilia, eso no son más que cuentos. Eshilia sí existe, cosa que es más que dudosa, está escondida en el pueblo del lago con sus descendientes, medio animales, medias personas. Nadie de nosotros domina la magia, ni puede convertirse en ningún tipo de ave acuática. Ni en ningún tipo de animal, ya sea águila, lobo o ciervo.

–Ni somorgujo, que curioso que ella eligiera transformarse en un pájaro tan inofensivo– pensó Ruan en voz alta.

–No creo que se pueda escoger en que animal te transformas –dijo Silagüa – Es algo que te viene dado, como el nombre de tu espíritu.

–Ni nadie puede decidir qué cantidad de pelirrojos hay en su familia – dijo Calogán–. El cabello rojo siempre se ha relacionado con el poder de la magia. Si fuera cierto Silagüa podría conseguir que la leña se cortara sola, o que los manzanos dieran el doble de fruta.

– Me gustaría que Silagüa tuviera el poder de la magia, tendría muchas ventajas– dijo Targut–. Nunca faltarían la miel ni las bayas en casa.

Calla Targut–, dijo Ruan –Si Silagüa tuviera magia, con lo rojo que tiene el cabello, tendría que ser realmente poderosa. No la emplearía en algo tan tonto como la miel o las bayas, sino que duplicaría las reservas de cerveza. La voluntad de su madre interviene aquí, impidiendo la magia y las borracheras en la familia.

Entre los Atabán con más frecuencia que entre las otras tribus, se daba el nacimiento de niños de piel dorada, más clara que la piel de los Silao que tenía el tono oscuro de la miel de brezo, y cabellos rubio oscuro o rojizo en lugar de castaño. Estos niños solían ser más grandes que el resto.

Gilara era más bien menuda, pero tenía el cabello rojo oscuro y la piel más clara que los otros miembros de la tribu Atabán. Ruan y Calogán también tenían el cabello de un color castaño claro rojizo, ambos eran de gran tamaño, les sacaban más de una cabeza a los más altos de la tribu, excepto a Hireún el líder, y Gedero su hermano. Luana era alta para ser mujer, y tenía el cabello rubio cobrizo. Hectileo también era alto y de gran envergadura, no lo era tanto como su hermano pequeño Ruan, pero sí que tenía el pelo castaño rojizo y la piel clara como él.

Pero lo que sobresaltó a Gilara y Hectileo fue el nacimiento de Silagüa, tenía una piel tan blanca que parecía transparente, una piel que no se había visto nunca entre los Silao. Cuando a Silagüa le salió el pelo, era de un color rojo intenso, mucho más rojizo que el tono rojo oscuro de su madre. Sus padres llegaron a pensar que la niña estaba enferma, y moriría al poco tiempo, que su piel transparente no la podría defender del frio, pero pronto vieron que no era así. Silagüa era un bebe feliz, curioso, y sano, solo que su piel era de otro color y tenían que tener cuidado con que no se quemara. Los mellizos tenían el cabello rojizo, pero este era más castaño que otra cosa y no destacaban demasiado entre los otros niños.

Fue como si tras el nacimiento de Silagüa, que era la más diferente de todos ellos, el resto de la tribu se percatara de la apariencia distinta de su familia. Desde hace dos ciclos se habían multiplicado los rumores que hablaban de una maldición que se cernía sobre los Atabán, e impedía a sus mujeres concebir hijos varones. Para colmo en la canción de la Dama Somormujo, en la que se narraba la historia de Eshilia, se especificaba que el color de sus cabellos era de un extraño color rojo intenso. Las habladurías sobre hechizos se extendieron y se centraron sobre la familia de Gilara y de Ruan.

Gilara miraba a su familia sin prestar demasiada atención a lo que decían–. No puedo quererlos más, sé que mi destino es cuidar de ellos, pero a pesar de eso hace más de tres ciclos que les oculto cosas. No ha sido por orgullo, ni por la dificultad de hablar de un dolor antiguo, aunque eso haya pesado mucho en mi decisión. Lo oculté porque pensé que era la mejor manera de proteger a mi familia, los problemas de la sucesión de Hireún no tenían por qué afectarla. Este invierno me he dado cuenta de que algo nos amenaza, al principio creí que era solo a mí, pero ahora temo por Silagüa, temo por todos nosotros. Esta noche he de contarles lo que sé. Debemos permanecer unidos y los secretos hacen que crezca la distancia entre nosotros.

Gilara dirigió una mirada pensativa a Luana–.Tú también nos ocultas que haces, más de una vez te he visto volver a casa desde el bosque, escabulléndote entre los árboles con las primeras luces. Con razón pareces tan tranquila, lo que estas es medio dormida. Si lo que ocultas es un amante, no sé porque lo estás haciendo durante tanto tiempo, ya hace más de un ciclo que esto dura. Hasta hoy no me he decidido a contárselo a Ruan, quizás ya fuera hora de que este silencio también acabara.

Calogán quería devolver a la fiesta su alegría, Gilara estaba callada seria. El tema de los rumores en el pueblo les preocupaba a todos más de lo que se atrevían a confesarse. Calogán estaba feliz de casarse, feliz de volver a ver a Hilua. Le había dolido la tristeza de su madre, nadie más tenía que estar triste. Era hora de cambiar de tema.

–Coger vuestro vaso de cerveza, llenarlo hasta arriba que vamos a brindar. Brindemos por mi Démefi Enos, por la felicidad de todos nosotros, los pequeños también. No podremos hacer bromas procaces mientras estén despiertos, a ver si conseguimos que se duerman. No veo la hora en que nos dejen tranquilos a los mayores

Todos se levantaron y brindaron, Silagüa y Ruan palmearon la espalda de Calogán. Silagüa le susurró en el oído que su madre tenía una hierba, por la que le debería preguntar, que aumentaba la potencia en los jóvenes enamorados. Calogán la miró suspicaz, sin estar seguro de sí bromeaba.

Se te ve feliz Calogán, me alegro por ti–dijo Silagüa.

Lo estoy, quiero conocer algo más que este valle que se me hace estrecho. Los Hereos tienen casas de piedra, se dedican a comerciar con los marinos, y de su tierra se puede llegar al mar. En Eviria, el puerto de los marinos, aprenden a luchar con espadas. Si yo dominara ese arte podría enseñarlo al resto de jóvenes de la aldea.

Tendrás que hablar con Hireún de tu intención de aprender a luchar con espada. –dijo Ruan. En el valle nadie domina es arte. Hireún no querrá que representes un desafío para sus hijos.

Hireún no prohibiría entrenar a ningún guerrero –dijo Gilara. Y los gemelos domina el arte dela espada. Aprendieron con los Erganes, el pueblo de su madre–se apresuró a aclarar.

No tengáis miedo, voy a volver– dijo Calogán–. No podría renunciar para siempre a este valle, a mi pueblo, a vosotros mi familia. Es mejor que me vaya, necesitamos tener hijos varones, y los últimos tres ciclos no ha nacido ninguno al pie del monte Atabán.

Yo también lo sentiré, mi corazón esperará ansioso a que vuelvas a vivir con tus hijos entre nosotros.

Si no acudes todas las noches a cenar con nosotros en las fiesta del prado iré a por ti y te arrastraré de la oreja para traerte aunque estés reunido con los más ricos de los Hereos–dijo Silagüa.

–Sí que le voy a echar en falta– ¿Con quién voy a bromear ahora? Estaré aún más sola entre los otros guerreros, que parecen evitarme. En realidad era Silagüa la que llevaba algunas semanas cazando únicamente con Calogán, a veces con su primo y algún amigo de éste, y otras veces sola. Tenía buenas razones para no querer unirse al resto.

Ruan la miró, la veía triste y adivinaba lo que le pasaba–. Silagüa ¿Querrás el otoño que viene cuando mi hijo no esté cazar conmigo? Han pasado más de treinta ciclos desde que nací y ya soy casi un anciano. Mis ojos no verán los ciervos, mis pies pisaran mis propias trampas sin alguien joven a mi lado que me guíe.

Silagüa se emocionó al oírlo. No era creíble que alguien como Ruan que por su fuerza se encargaba de la pequeña forja de la aldea necesitara su apoyo. Se sintió alegre, Ruan siempre está ahí, es como si mi padre volviera y me apoyara, siempre está de buen humor y se preocupa sin hacerse notar por todos los de alrededor.

–Hemos bebido poco–. Dijo Ruan ¿Por qué esas caras tan largas? ¿Qué hay de las canciones? Targut y Thula tienen que cantar con nosotros esta noche aunque nos ensordezcan. Luana tiene una voz bonita pero si nunca canta jamás aprenderá a entonar bien. Silagüa te necesito para cantar la canción de Ereuk y Derea los amantes imposibles. Tú harás de Derea claro.

## Capítulo III: Gilara y Hectileo

Gilara cabalgaba por el valle seria y silenciosa, todavía no habían llegado al desfiladero. Se sentía triste como nunca antes al inicio de la migración de primavera. Hace un ciclo lunar Hireún había decidido que Gilara cabalgara junto a él a la cabeza de la caravana, con los otros guerreros jóvenes, a pesar de que no fuera su sitio. Hireún había obtenido el permiso de su padre Jairo, para que Gilara le acompañara en la migración, como hijo del jefe conseguía todo lo que quería. Ahora que se habían peleado, el resto de los Atabán no podían dejar de notar que Gilara no cabalgaba junto a él

Hireún siempre se sale con la suya– pensó Gilara furiosa–. No sé cómo me pude dejar embaucar. No tendría que haberle dicho que cabalgaría en cabeza con él, ahora todos hablan de nosotros.

Gilara cabalgaba delante de la primera fila de carros junto las otras muchachas, se sentía sola. Su padre y su hermano sí iban en cabeza. El primero con el grupo de guerreros más veteranos, los que se adelantaban a la caravana previniendo los peligros, el segundo con los guerreros jóvenes. Al frente de estos últimos Gilara veía a Hireún. Gilara no quería mirar hacia delante, no quería verle, no se habían vuelto a dirigir la palabra desde que se pelearan hace dos noches.

Hireún cree que todo le está permitido, que le debemos respeto y obediencia, pues no los obtendrá de mí. Si quiere respeto, que primero aprenda a respetar. Fue grosero conmigo, es él quien tiene que venir a disculparse, pero es demasiado orgulloso para hacerlo. Gilara estaba un poco arrepentida de su reacción, aunque no quería confesárselo. Le había dado a Hireún un puñetazo en el estómago, que le había pillado desprevenido dejándolo sin resuello, antes de irse corriendo mientras le saltaban las lágrimas.

No debería volver a verle, Hireún nunca dará su brazo a torcer, que sea el sucesor marca demasiado su manera de ser, y cuando sea jefe de los Atabán será aun peor. Hireún sabe que lo que me dolieron sus palabras, y ahí está tan contento, riéndose en cabeza con sus amigos, mientras yo estoy a punto de llorar. No creo que yo le importe, se habría acercado a mí si fuera así. A él no le ha afectado lo ocurrido, le tiene sin cuidado seguir junto a mi o dejar de verme. Más vale que esto acabe, antes de que me haga más daño.

Gilara se paró a un lado del camino decidida pasar a la retaguardia. No le importaba donde la habían asignado en la marcha. Así no tendría a Hireún delante todo el tiempo, dejaría de verle y su corazón se calmaría. Las otras muchachas la miraron sorprendidas–, ahora podréis hablar de mí tranquilamente, sin que yo os estorbe– pensó. Esa tarde Gilara sentía que no contaba con el apoyo de nadie.

Mientras esperaba que pasara la caravana, se deshizo las trenzas, y comenzó a peinarse el cabello con parsimonia. Intentaba recobrar su orgullo. Tenía un cabello precioso, de un color rojo oscuro poco habitual, y lo sabía. Se hizo cuatro trenzas alrededor de la frente, y dejo el resto del cabello suelto. Luego recogió el cabello con una cinta de cuero de color oscuro, con cuentas violetas insertadas a intervalos. Gilara contemplaba el paso de la retaguardia de la caravana, mientras el sol descendía a su espalda.

Hectileo y Ruan habían sido asignados al grupo de la retaguardia. Cabalgaban en silencio. Para asombro de su hermano, antes de iniciar la marcha, Hectileo había cogido un ramo de margaritas. Ahora se entretenía trenzándolas con el ceño fruncido, estaba haciendo una corona. El camino era recto y apenas si tenía que manejar las bridas, pero no era fácil trenzar las flores en marcha.

–Estás muy serio–, dijo Ruan. Siempre se te ve feliz al inicio de la migración de la primavera. Hoy estás sombrío ¿Qué te ocurre?– Hectileo no respondió ¿Para quién trenzas esa corona de margaritas? ¿Es para dársela a Relia?

La corona es para metérsela en la boca a un hermano pequeño preguntón–. Replicó Hectileo, Ruan le miró dolido–. Lo siento Ruan, estoy desahogando mi tristeza en ti, perdona. Estoy tejiendo la corona, porque no es nada fácil hacerlo mientras cabalgas. Necesito tener las manos ocupadas para no pensar, intento olvidarme de mi mal humor. No creo que Relia la apreciara, las margaritas son poco para ella. Le gustan más las telas y las joyas.

Lleva un tiempo jugueteando conmigo, el último invierno nos veíamos casi todas las noches. Ayer le ofrecí que uniéramos nuestros destinos, y me rechazó. Me dejó claro que, aunque me encuentra divertido, ella aspira a algo más. Yo solo tengo un techo sobre mi cabeza, y ninguna posesión.

Tendrá que buscar compañero fuera de los Atabán. Nunca hemos poseído nada, todos somos pobres como ratas, y si algo valioso tenemos lo perdemos enseguida. Ni siquiera es rico Jairo el jefe, aunque tenga alguna vaca más que el resto, y la parte baja de los muros de su casa sea de piedra en vez de madera. Me alegra estar en la retaguardia, así no puedo ver a Relia charlando con sus amigas, sin que nada parezca importarle.

–Mira quien está ahí a la izquierda parada a un lado del camino ¿No es Gilara? ¿No iba a ir en el grupo de cabeza con Hireún?

–Ella no tendría que haber ido en ese grupo, pero a Hireún todo se lo consienten. He oído que ya no están juntos, no me extraña. Hireún tiene un orgullo desmedido, no sé cómo Gilara puede soportarlo. Parece que haya decidido que toda la tribu Atabán quede entre ellos dos, no parece sentirse muy feliz. Es una guapa chica, tiene un cabello precioso, mira como se refleja el sol en él.

Ruan se giró para ver mejor a Gilara –, A mí me gustan más sus pechos–, Hectileo dio un respingo– ¿Pero qué estás diciendo hermanito? ¿Apenas tienes catorce ciclos y ya hablas así? Me veo atándote a un árbol por las noches, en cuando lleguemos a Sauhivián. Además ¿Cómo sabes cómo tiene o no Gilara los pechos? ¿Te estás dedicando a espiar a las chicas?

–Hace unos días me desperté pronto, quería coger una rana para darte una sorpresa cuando te levantaras – Hectileo gruñó entre dientes–, y bien que me la diste–. Vi a Gilara caminando hacia el rio, se dirigía a bañarse, supongo al ser tan temprano no pensó que hubiese nadie despierto, parecía que estuviese furiosa. Gilara se desvistió detrás de los árboles y se metió en el agua, estuvo un buen rato nadando a pesar de lo fría que baja por el deshielo, y luego salió sin preocuparse de si se tapaba o no. Tiene los pechos pequeños y los pezones rosados, la piel muy blanca, el culo…

Hectileo se quedó petrificado al ver que Gilara se dirigía hacia ellos –. No te pongas a describírmela animal, quieres callarte de una vez, se está acercando a nosotros, espero que no haya oído nada. Eres un salvaje Ruan, espera a que estemos solos–. Ruan se puso a reír divertido, mientras Hectileo con la mente en blanco buscaba un tema de conversación–.Vamos rápido, di algo Ruan

–No se me ocurre nada más divertido que hablar de mujeres. Solo pienso en los bailes de Sauhivián, y si conseguiré llevarme a alguna chica entre los árboles –. Hectileo lo miró exasperado. Ruan había crecido muy rápido. Ahora era casi tan alto como su hermano, y tenía los hombros más anchos. Acababa de descubrir a las mujeres, pero seguía teniendo mente de niño, solo pensaba en gastar bromas.

–No quieras ir tan deprisa–, le contestó Hectileo–, desde que este invierno su padre había muerto de fiebre, se sentía responsable de su hermano. Ahora vivían los dos solos, sus hermanas habían dejado la tribu al casarse–. No todo es tan divertido como piensas, disfruta de la compañía y de las canciones, no te obsesiones con las mujeres que tienes toda la vida para hacerlo–. Hectileo se había olvidado de Gilara, y se sorprendió al oír su voz.

–Parece que tu hermano pequeño te causa problemas Hectileo ¿Con que no tiene que obsesionarse?– Hectileo oyó la voz clara de Gilara a su espalda.

–Nada, que este animal está impaciente por magrearse a todas las chicas que vea bailar en Sauhivián. Yo le digo que espere, que tiene toda la vida para meterse en problemas, pero me hace poco caso. Me veo atándolo a un árbol.

Ruan puso cara de mal humor, pero Gilara se rio–.Tiene una risa preciosa–, pensó Hectileo–. No recuerdo haberla oído reír antes. No sé cómo no me había fijado en lo guapa que era, hasta este ciclo la veía como una chiquilla. Siempre me ha llamado la atención que fuera tan intensa. Me divertía verla tan absorta cuando cazaba, o bailaba. Parece que también sabe disfrutar de las bromas y reír.

–Te he visto tejiendo una corona de margaritas como las niñas Silao–. Dijo Gilara – Hectileo bajo la mirada hacia sus manos, se había olvidado del collar–. La estás tejiendo para Relia– continuó Gilara–. He oído que estáis juntos, es un bello gesto.

Hectileo se sobresaltó, ahora no quería hablar de Relia –. No tendrías que creer lo que cuentan las lenguas maliciosas, de los que se aburren en el invierno. Relia y yo nunca hemos estado juntos–. Lo que decía Hectileo no era precisamente la verdad, y él mismo fue el primer sorprendido al oírse–. No me apetece ahora dar demasiadas explicaciones– se dijo a sí mismo–, quiero dejar de una vez a Relia atrás.

–Entonces ¿Para quién haces esta corona? ¿Te la vas a poner en los cabellos? Creo que los otros guerreros lo encontrarán divertido

Ruan iba a replicar que Hectileo quería la corona para hacer callar a un hermano pequeño preguntón, pero Hectileo se le adelantó antes de que abriera la boca.

–No la hago para mí, la hago para regalar. Me sirve para entretenerme mientras cabalgo, luego buscas a una niña pequeña, que aún no sepa hacerlas, y se la regalas. Me hace feliz verlas contentas–. Mientras Hectileo decía esto, intentaba borrar de su cabeza las imágenes que su hermano había puesto en ella–. En cuanto estemos solos, Ruan se acordará de mí – pensó.

Gilara le miró curiosa ladeando la cabeza, Hectileo sonrió algo inseguro–. Ya sé con quién voy a cabalgar hasta Sauhivián –pensó Gilara–. Me siento a gusto con ellos, son amables, y parecen tenerse gran afecto–. Hectileo tiene una sonrisa preciosa ¿Cómo no me he fijado nunca en él? Siempre lo he visto tan serio, pensaba que era más callado. Es realmente guapo, con ese cabello castaño rojizo, y eso ojos grises.

–Ya la has acabado ¿A qué niña se la habías prometido?

–A ninguna todavía. Te he visto peinándote antes, te quedaría preciosa sobre el cabello, parecerás Geiya al inicio de la primavera. Si me lo permites te la pondré, acércate un poco.

Gilara se aproximó, e inclinó la cabeza, pero el caballo se movía y Hectileo tenía miedo de que la corona se rompiese. Acercó a Gilara poniendo una mano en su nuca y fue peor. Hectileo estuvo a punto de acariciarle el cabello, deteniéndose en el último momento

–Dámela, me la pondré yo, si no se romperá y es una pena. Tendríamos que bajar del caballo para que tú me la pusieras–. Gilara se colocó la corona sobre la cabeza o y sonrió–.Ya está, ahora al menos no se romperá.

Ruan estaba sorprendido del atrevimiento que mostraba Hectileo, habitualmente su hermano era tímido con las mujeres. Hoy lo veía decidido, parecía otro.

–Eres un mentiroso Hectileo–, pensó. Jamás has hecho algo como una corona de margaritas para una niña. No ibas a hacer nada con la corona, excepto dársela de comer al caballo. Tampoco es verdad que no estuvieras con Relia, parece que ahora ya no estés tan dolido, ni tan triste. Me gustaría saber, si cuando una mujer te atrae, es normal empezar a cortejarla con tantas medias verdades y malentendidos Se lo tengo que preguntar a mi hermano a ver qué me responde – Ruan sonrió para sí –. Ha sido divertido el apuro que te he hecho pasar ¿Cómo has podido creer que me dedico a espiar a chicas desnudas? –Ruan se quedó escuchando mientras Hectileo y Gilara hablaban de Sauhivián y sus canciones favoritas–. Creo que me voy a retrasar, aquí estoy de más, esos dos se han olvidado de mí.

No me gusta contarlo, porque todo el mundo me toma el pelo cuando lo hago– decía Hectileo–. A pesar de lo oída que está, siempre me ha gustado la canción de Ereuk y Derea, los amantes separados por sus familias. Mis amigos me acusan de ser una romántica muchachita Silao, no me importa. Siempre me sobrecoge la parte en que ella no quiere soltar el cabello de su amante, mientras él se hunde en el agua herido, y se sumergen juntos. Es difícil que el ansia de respirar no te haga nadar hacia la superficie, pero es una bella imagen ¿Cuál es tu canción favorita?

–La mía es la del pescador y la mujer foca. Como el pescador, por querer transformarla en mujer, en vez de amarla como criatura de los mares, la pierde para siempre.

–Creo que ese es tu sueño–. Hectileo la miraba por el rabillo del ojo–, que te dejen seguir siendo una criatura de los mares, o más bien de los bosques, sin transformarte.

Gilara enrojeció. Nunca había hablado con Hectileo, y ahora éste presumía de haber adivinado parte de su sueño. A pesar de que solo era unos ciclos mayor que ella, Hectileo cazaba con el grupo de guerreros más veteranos, como su padre. Era demasiado bueno localizando presas para dejarlo con los más jóvenes. Siguieron cabalgando en silencio.

Hectileo se volvió hacia a Gilara y se atrevió a preguntar: –Pensaba que ibas a ir en el grupo de cabeza, parece que hayas decidido poner a toda la tribu Atabán entre Hireún y tú. ¿No ibas a cabalgar junto a él? Todo el valle hablaba de ello. No faltan varones en tu familia, tienes padre y un hermano mayor, y no está permitido que ninguna mujer, que no sea la guerrera de su familia, vaya en el grupo de cabeza con los otros guerreros.

Gilara estuvo a punto de replicar que eso no era asunto suyo, pero le dio miedo enfadarlo–. Me siento a gusto con él, como si lo conociera de largo tiempo. Me sentía sola y perdida, y he encontrado compañía, no quiero perderla.

–Quizás no escojo bien mis afectos. Esta tarde estoy más a gusto cabalgando aquí contigo, que si fuera con Hireún en el grupo de cabeza–. Gilara se quedó sorprendida de lo que ella misma había dicho sin pretenderlo, y se puso aún más roja que estaba.

Hectileo la miró con media sonrisa, sabía que Gilara estaba avergonzada–. Las criaturas del bosque son algo extrañas e imprevisibles, pero a mí me gusta respetar su naturaleza. Solo hay que tener cuidado y paciencia, para que te consideren un amigo–. Gilara se sintió agradecida por sus palabras.

–Veo que no tengo que medir mis palabras con él, como si fuera un antiguo amigo. Nunca me había sentido así, con alguien casi desconocido–. Gilara solo conocía a Hectileo de las ocasiones en que éste venía a esperar a su padre para ir de caza. Hectileo se quedaba en el porche después de saludar, sin apenas decir palabra–. Lo veía demasiado reservado, pero no es así, al menos conmigo. Puede que solo sea tímido, y le cueste empezar una conversación.

La caravana de caballos y carros se detuvo. Delante de ellos, algunos jinetes se desviaban a los lados. Habían llegado al gran prado que precedía la entrada al desfiladero–. Gilara vio a su padre y a su hermano, que se acercaban hacia ella cabalgando. La habían visto y la saludaban contentos.

–Hola hija, hola Hectileo– dijo Kirgüan el padre de Gilara, que lo apreciaba sinceramente –Me alegro de verte–. Hectileo solía cazar con su grupo, que aprovechaba sus dotes de rastreador, había salvado más de una vez del hambre al pueblo, cuando la caza escaseaba. Desde niño se movía por el bosque como si perteneciera él.

– Hemos de detenernos, el desfiladero es imposible de franquear. Ha nevado mucho este invierno, y en este comienzo de primavera hace calor. Hemos intentado provocar un alud con nuestros gritos, pero en vano.

Los Atabán empleaban a su guerrero veterano para explorar el desfiladero. El conocimiento del desfiladero y la nieve se transmitía entre generaciones, se había pagado con vidas, y se tomaba muy en serio.

–Este año vamos a llegar tarde a Sauhivián, es difícil que podamos atravesar el desfiladero en unos días. Tendremos que cazar, al final de invierno queda poca carne seca, y no hay que agotar las provisiones. Lo malo es que en este prado no abunda la caza, y no podemos entrar en el bosque. Aunque si hay algo que cazar, seguro que tú Hectileo lo encuentras.

–No sabíamos dónde te habías metido. Hemos recorrido toda la caravana y nadie nos daba razón de ti– dijo Kecteo el hermano de Gilara–. ¿Qué haces en la retaguardia?

–Estoy más a gusto aquí –replicó Gilara exasperada – ¿Cuántas veces más iban a preguntárselo?

Su padre Kirgüan se apresuró a cambiar de tema–.Ya que hemos llegado tan lejos acamparemos aquí, hay más sitio que en cabeza. Si aceptáis nuestra compañía podríamos acampar con vosotros. Sentí mucho la muerte de vuestro padre este invierno–, añadió Kirgüan mirando a Hectileo y a Ruan–, era un buen amigo. –Hectileo asintió sin decir nada, y bajaron de los caballos.

Ahora hace calor–dijo Kirgüan–, pero tendremos que montar las tiendas antes de esta noche, si no nos helaremos de frío.

–Me adelantaré a cazar algo si no os importa –dijo Hectileo–. Tendré que irme lejos, se me echará la noche encima si no me voy ya. Ruan puede quedarse montando las tiendas, y trayendo leña.

Yo quiero ir contigo– protestó Ruan mientras fruncía el ceño. A Ruan le encantaba ir de caza con su hermano, pero Hectileo estaba decidido a no llevárselo.

–Si quieres carne fresca para cenar esta noche, será mejor que te quedes. Te mueves por el bosque con la agilidad de una vaca vieja, además no sabes permanecer en silencio, te pones a hablar en el momento más inoportuno–. Ruan enrojeció furioso–. No te ofendas–, Hectileo pasó el brazo por los hombros de su hermano estrechándolo–, has crecido tan rápido que no sabes dónde acaban tus brazos y que lejos quedan tus pies. Otro día iremos tú y yo solos, cuando no haya tanta necesidad, ahora hay poca caza y no quiero que me la espantes.

–No seas tan duro con el muchacho Hectileo, todos hemos sido torpes al principio– dijo Kirgüan. Lo llevaré conmigo, ya montaremos las tiendas más tarde. Podemos competir a ver quién trae una pieza mayor. Tú Hectileo puedes ir con Gilara, no tendrá mucha fuerza disparando, pero es hábil recorriendo el bosque.

–No me gusta competir con la caza– replicó Hectileo–. No cuando hablamos de la vida y la muerte de criaturas, aunque no sean hombres sino ciervos. Repartiremos toda la carne que consigamos, no hay nada por lo que competir.

Kirgüan lo miro con curiosidad–. Nunca te había oído decir algo así antes Hectileo, aunque sí que notaba que nunca alardeas de las piezas que cobras. Ven Ruan no estés tan mohíno, verás que es más divertido cazar con alguien que no sea tu hermano, yo siempre me peleaba con el mío. Es mejor que yo te enseñe que él. Podrías cazar conmigo y Kecteo en Sauhivián ahora que tu padre no está. Tu hermano tiene gente de sobra que se pelea por cazar con él.

Ruan se puso alegre al oír esto. Hectileo miró a Kirgüan agradecido –. Ha dicho justo lo que sabía que le haría feliz. Ruan ha sentido mucho la muerte de nuestro padre este invierno, a pesar de su cuerpo enorme sigue siendo un chiquillo.

–Vamos a retroceder hacia el sur recorriendo el prado– continuó diciendo Kirgüan–. Capturaremos las aves que anidan entre las hierbas, es caza segura. Es difícil que avistemos algún ciervo.

–Yo voy a intentarlo–, dijo Hectileo. Ven Gilara ya hemos perdido bastante tiempo. Quiero ver si eres una criatura del bosque–. Hectileo sonreía divertido.

Kecteo se iba a unir a ellos, cuando su padre lo llamó–. No hijo quédate conmigo, te necesito en el prado, o entre Ruan y yo no conseguiremos nada.

–Podría haber ido yo a rastrear el ciervo y no Gilara– protestó Kecteo.

Su padre miraba a su hija pensativo mientras se alejaba cabalgando junto a Hectileo–. Otro día será tu turno hijo, hoy es mejor así, espero que haya suerte–. Kirgüan siguió mirando a Hectileo y Gilara, hasta que los dos desaparecieron en el horizonte.

–Tendremos a cabalgar rápido, procura seguirme de cerca Gilara. Si logramos cazar un ciervo, no será cerca del campamento sino a varias millas. Vamos a ir hacia el suroeste hacia el río. Hay más agua que por aquí, y los ciervos irán a beber al caer la noche.

Hectileo y Gilara se alejaron cabalgando valle abajo. Hectileo iba rápido, sabía a donde quería llegar, y la tarde estaba avanzada.

Nos estamos alejando mucho–pensó Gilara–. Si conseguimos cazar alguna pieza y tenemos que prepararla ya será de noche cuando queramos volver–. Iba a protestar pero se calló – Hectileo no me necesita para cazar, me ha invitado venir porque le gusta mi compañía, no sé en qué puedo ayudarle. Al menos espero que no descargue una tormenta, estamos al principio de la primavera. Gilara levantó los ojos dubitativa al cielo, unas nubes grises venían desde el mar, pasaban entre las cumbres de las altas montañas, y pesadas por la lluvia, caían hacia el valle

Gilara detuvo su caballo y miró hacia la cadena montañosa que les impedía llegar al mar. Cómo me gustaría ver el mar aunque fuera una vez, pero las montañas no se pueden atravesar. Tendría que partir desde Sauhivián, más al norte. Caminando desde el pueblo hacia el este se podría llegar hasta el mar. Pero la costa queda a varias jornadas, no hay poblados ni caminos, y una vez se atraviesa el bosque, se llega a una llanura llena de cenagales y marismas. Nadie en el valle Atabán ha logrado atravesarla, algunos no han vuelto. Gilara se apresuró para no perder de vista a Hectileo, que ya volvía la cabeza buscando donde estaba.

Hectileo condujo a Gilara a un grupo de árboles donde ataron los caballos. Luego se adentraron silenciosos en el bosque. Cuando Hectileo vio como Gilara se movía entre la espesura sonrió, y la miro asintiendo. Gilara se llenó de orgullo a su pesar–. No necesito su aprobación refunfuñó –, pero se había sentido feliz al ver que Hectileo apreciaba su forma de deslizarse por el bosque sin ruido. Siguieron caminado entre los árboles mientras la tarde acababa

Hectileo se detuvo con los músculos en tensión, tras quedarse escuchando un instante, se puso a caminar rápidamente, con la cabeza paralela al suelo. Gilara nada veía, Hectileo le señalo dos ramitas rotas en el suelo y siguió andando.

Entonces Gilara oyó al ciervo, estaba restregando su cornamenta contra los árboles. Al mirar hacia el rio lo divisaron. Era un ejemplar de gran tamaño, estaba solo, pacía tranquilo al pie de un roble, de cuando en cuando se interrumpía para restregar los cuernos contra el tronco, no les había olido.

Con el primer flechazo, Hectileo atravesó el cuello del ciervo, a éste se le doblaron las patas delanteras, y cayó en tierra bramando. Hectileo llego corriendo hasta el ciervo, y le degolló con su cuchillo para acortar la agonía del animal. Luego se quedó sentado junto al ciervo acariciándole la piel, mientras la luz se apagaba en sus ojos.

Gilara lo miraba sorprendida. Hectileo no parecía acordarse de ella, nada le decía. Siguió acariciando al ciervo en silencio, hasta que cesaron los últimos espasmos, y el animal se quedó inmóvil.

Hectileo se puso en pie y suspiró, arrancó la flecha, cogió el cuchillo, y los limpió de sangre en la hierba.

Gilara se acercó cautelosa, y le habló en susurros, igual que si le hubiese sorprendido en un momento íntimo, cuando buscaba estar lejos de la mirada de otros– ¿Qué haces Hectileo? –Preguntó Gilara – Éste se volvió sorprendido–. Perdóname Gilara, me he olvidado por un instante de ti, o puede que esté contigo igual que si estuviera solo ¿Tú qué crees que estoy haciendo?– La miró sonriendo, esperando su respuesta.

–Parece que te duela matar un ciervo–, dijo dubitativa Gilara.

–No siento dolor, ya no. Es simplemente respeto. Al ciervo le gusta está vivo, los olores del bosque y caminar entre los árboles, igual que a mí. Me voy a alimentar de su carne, y por eso su vida ha acabado. Lo que hago es acortar su sufrimiento, y a través de él sentir lo que es estar vivo y estar muerto, eso es todo. No suelo hacerlo cuando voy de caza, únicamente si estoy a solas o con alguien cercano a mí. Tú debes serlo ahora, si no fuera así no habría podido acariciar al ciervo delante de ti.

–Estamos lejos del campamento– continuó Hectileo, no vamos a poder llevárnoslo si no lo limpiamos y troceamos, es un animal enorme. Ha tenido una larga vida, ha estado bien matarlo antes de que decayera con la vejez. Puedo limpiarlo yo solo, no hace falta que te ensucies, no necesito que me ayudes–. Gilara frunció el ceño–. Está bien, ayúdame si quieres, empieza a despellejarlo por las patas traseras, mientras yo lo hago por delante.

Una vez despellejado, Hectileo saco las entrañas, el corazón, y los pulmones, se guardaron el hígado y los riñones y tiró el resto. Cortó la cornamenta–. Es demasiado grande para no cogerla, me has dado suerte. Luego con el hacha troceó al animal en cuartos. Gilara se quedó sentada viéndole trabajar. Ataron los trozos del animal con un cordel, para que fuera más fácil transportarlo hasta los caballos.

–Me ha dejado sorprendida lo fácilmente que has rastreado al ciervo. Tú si eres una criatura del bosque. Caminas entre los árboles como si solo fueras medio humano, como un pequeño zorro.

– Soy una criatura del bosque –dijo Hectileo riendo–. Ese es el significado profundo de mi nombre, Hectileo el que ama caminar por el bosque. Es mi destino y soy feliz siguiéndolo. Desde que era muy pequeño, desde que comencé a andar, siempre que estaba solo salía corriendo hacia la espesura. Mis padres temían por mí y no me perdían de vista, pero en más de una ocasión conseguí escaparme. Nunca me pasó nada, ningún animal me atacó, jamás me extravié no me preguntes como. El don de orientarme sin pensar lo perdí al crecer, y tuve que aprender a orientarme como los demás hombres, por el sol y las estrellas. Pero amaba tanto el bosque, pasaba en él tanto tiempo, que nunca dejé de pertenecerle.

Siempre he sido bueno acechando, buscando y localizando presas, por eso me han llevado de ojeador, sobre todo cuando la caza escaseaba, incluso antes de que pasara el Shamhet. Si mi madre protestaba, los guerreros le contestaban, que un don como el mío era un regalo de los dioses para todo el pueblo, y no debía desperdiciarse, y tenían razón.

Ahora ya lo sabes todo de mí, Gilara. Lo que siento cuando mato un ciervo, el significado profundo de mi nombre. No podré esconderme de ti cuando me mires.

– ¿Qué vas a hacer mañana?– preguntó Hectileo– ¿Vas a ir a buscar a Hireún?– Gilara dio un respingo–. Perdona si te he parecido brusco pero sois el tema de todas las conversaciones. Todo el pueblo comenta que os habéis peleado–. Hizo una pausa–. No me termina de gustar Hireún, es orgulloso, casi soberbio, de los que se jacta de lo que caza.

–Eso es injusto Hectileo y lo sabes–. Gilara se sorprendió a si misma defendiendo a Hireún–. No es mal cazador, y presume de sus piezas como los demás. Todos los guerreros jóvenes se jactan de lo que cazan sin excepción. Tú eres el único que no lo hace entre todos los Atabán. Hireún no tiene más remedio que representar el papel que le ha tocado, el de sucesor de la jefatura. Sí que es verdad que a Hireún el orgullo le pierde, pero es menos soberbio de lo que aparenta.

Hectileo bajó la cabeza–. Lo siento, no era mi intención ofenderte con mis comentarios, he supuesto que ya no estabais juntos .Y tienes razón he sido injusto con Hireún, lamento lo que he dicho. Si no he desmerecido del todo ante sus ojos te ruego que me perdones.

Gilara le sonrió–. No me has ofendido en absoluto, ni tengo nada que perdonarte. Muchos en el valle piensan como tú, y hoy he decidido que no quiero seguir junto a él. He esperado dos días a que Hireún se disculpara por haberme ofendido tratándome de forma grosera, y me he dado cuenta que eso jamás sucedería, su orgullo le importa más que lo que yo pudiera sentir. Hireún se comporta como si yo tuviera que ceder ante él, la jefatura pesa demasiado sobre nosotros. Y aunque al final Hireún rectificara, yo no podría ser la compañera del jefe de los Atabán, me ahogaría. Odiaría tener que actuar como se espera de la mujer del líder, dejaría de ser yo misma. Quiero acabar con esta relación de raíz, antes de que me haga más daño.

Hectileo había temido la respuesta de Gilara, ahora se sentía feliz–. Una criatura del bosque no puede cambiar su naturaleza, aunque sea por alguien querido, si no muere. Está en tu cuento y en tu sueño. Pero ese no es el significado de tu nombre. Yo te he revelado el significado del mío ¿No me vas a revelar tu nombre? Me haría feliz.

Hectileo le sonrió de oreja a oreja, y Gilara se estremeció. Miro sus ojos grises ahora rasgados por la sonrisa –. Me encanta su forma de sonreír, te contagia su dicha. Gilara se sentía aturdida, oyó que Hectileo le preguntaba algo sobre el significado de su nombre, y se esforzó en prestar atención.

–Es un significado que me resulta extraño, no me gusta. No me siento identificada con él.

–Eso significa que rechazas la esencia de tu ser, que no quieres seguir tu destino ¿O piensas que se equivocaron al revelarte tu nombre? Jamás ha ocurrido

–Mi nombre significa la que cuida de los que ama. Cuando me lo revelaron sentí que no quería ese destino, decidí olvidar el significado de mi nombre, no me gustaba.

–Cuidar a quien se ama, es luchar por él. ¿Cómo te sentirías si el significado de tu nombre fuera la que lucha por los que ama? ¿Te parecería mejor?

Gilara se sintió muy niña a lado de Hectileo. Se arrepentía de haberle confiado el significado de su nombre. Hectileo la escuchaba atentamente, buscando que había detrás de sus palabras.

–No voy a mentirte –dijo Gilara –, sigo sin sentir como mío luchar por lo que se ama.

–Las madres miran por sus hijos, algunas se olvidan de sí mismas. Creo que es eso lo que rechazas, acabar siendo una mujer pendiente de sus hijos, olvidarte de tus sueños.

–Siempre me ha gustado cuidar de los niños pequeños y no creo que me pierda por mirar por otros. Pero me hubiese gustado que mi nombre tuviera un significado distinto.

¿Cómo cuál?– rio Hectileo– La que dispara la flecha más alta, la que corre más veloz. Que mejor nombre que el tuyo. Estás destinada a cuidar de los que quieres, velar porque se cumplan sus sueños. Es un destino magnífico, y no puedes luchar contra él.

–Gilara notó que enrojecía. –No sé qué habrá pensado Hectileo de mí. Tiene pocos ciclos más que yo, pero parece mayor. Él ha reflexionado sobre la muerte, y su destino; y yo ni lo hecho sobre mí nombre. Pensaba que a Hectileo solo le interesaba el bosque, esta tarde parece interesado en mí, en conocerme, y ni yo me entiendo.

Hectileo al ver su cara se disculpó–. Apenas si has empezado a vivir Gilara, y no es fácil cuidar de la vida de otro. Quizás no hayas encontrado en quien depositar tu afecto.

Gilara pensó en Hireún, habían sido amantes todo el invierno, se había sentido muy unida a él. Pero Hireún no necesitaba cuidados, el solo se bastaba y sobraba. Desvió la mirada, como si Hectileo pudiera adivinar sus pensamientos.

No quería molestarte. Todos nos sentimos perdidos, no nos encontramos en nuestros sueños, pero eso nos hace buscar–. Hectileo se interrumpió, no le gustaba como se oían sus palabras, parecía estar dando una lección

– Lo siento, no sé porque te estoy diciendo lo que debes pensar o sentir, es algo que tú sola debes decidir. No tendría que haberte hablado de tu destino.

Hectileo intentó aligerar la conversación –. Si yo te hubiese tenido que poner un nombre, su significado seria la del hermoso pelo de fuego. Te he visto a lo lejos con el sol a la espalda, y tu cabellera parecía un incendio. Tienes un pelo muy bonito pero extraño, te lo habrán dicho muchas veces –.Y eres muy hermosa, al menos a mis ojos –pensó Hectileo para sí–, pero nada de eso dijo.

Se quedaron mirándose en silencio, Gilara estaba conmocionada, asimilando lo que se habían dicho en tan poco tiempo.

–Dejémonos de charlas o nunca volveremos con los demás, se nos ha hecho más que tarde. Ven Gilara, vamos a buscar agua, tenemos que lavarnos antes de partir. Oigo un arroyo cerca.

Anduvieron hasta el arroyo, el agua bajaba crecida tras las lluvias de primavera. Hectileo se puso a lavarse en cuclillas junto la orilla, Gilara se puso a su lado y también se puso a lavarse.

Gilara contemplaba a Hectileo en silencio mientras éste se lavaba, seguía pensativa. Al final se atrevió a hablar.

–Me siento disminuida ante tus ojos Hectileo, has debido de pensar que era una chiquilla estúpida. Nunca me había parado a reflexionar sobre el significado de mi nombre. Me daba rabia porque lo identificaba con cuidar un hogar, que es lo que todas las mujeres hacen, me parecía un destino muy vulgar, y no iba más allá. En cambio tú sigues tu destino, amas lo que es el bosque y la vida que hay en él.

– No te sientas disminuida ante mí Gilara, no quiero que cuides tus palabras, no lo necesitas, y no es como una chiquilla, como te ven mis ojos. Yo me siento así, creo que cualquier estupidez que haga, obtendrá gracia ante tus ojos.

Hectileo se había lavado las manos, los antebrazos, y la cara. Permanecía en cuclillas al borde del agua. Se volvió hacia Gilara, y le acarició la cara, acercando su rostro al suyo. Una mancha de sangre roja se dibujó en la mejilla de Gilara. Hectileo vio que tenía un corte en la mano izquierda, el agua había hecho que la herida sangrara.

–Ves Gilara, ahora he sido yo el que ha hecho una estupidez. Te he manchado la cara de sangre, lo siento–. Hectileo temió lo sucedido, como una mala señal. Pero se sentía demasiado dichoso para pensarlo.

Debo de estar nervioso, ni sé cómo me he herido. Nunca me he cortado descuartizando un ciervo. Hectileo se apretó la mano, hasta que la herida dejo de sangrar.

Hectileo se estaba volviendo hacia Gilara, tras haber cogido agua para limpiarle la cara, cuando ésta se arrojó en sus brazos tirándole hacia atrás. Hectileo pudo girarse en el último momento mientras la sujetaba, evitando caer de espaldas sobre una roca. Los dos acabaron abrazados en tierra, al borde de la orilla, y estuvieron a punto de rodar hasta el agua.

–Eres una atolondrada Gilara, casi nos caemos ¿Siempre te lanzas así?– dijo Hectileo sonriendo, Gilara enrojeció de nuevo–. La próxima vez avisa antes de tirarte sobre mí, evitarás que nos ahoguemos.

Gilara iba a decir algo, pero no pudo hacerlo porque Hectileo ya le había cubierto la boca con los labios. Continuó besándole el rostro y el cuello, y lamió la mancha de sangre de su mejilla. Gilara le abrazó con fuerza como si temiese que se le escapara. No se dijeron nada más.

La noche estaba avanzada cuando llegaron al campamento. Kirgüan levantó la cabeza al oírlos llegar.

–Como habéis tardado, si no te hubieses ido con él habría estado muy preocupado Gilara. Por el cuervo ladrón de la luz, que hermoso ejemplar que habéis cazado, hacía ciclos que no veía una cornamenta con tantas ramas. No te gustará competir Hectileo, pero no cabe duda de que has ganado, esto es imposible de superar. Repartiremos la carne, hay más de la que podemos comer entre todos antes de que se estropee. Ahora descansar. Nosotros capturamos unas perdices, las hemos hecho a la brasa, ya hemos cenado. Hemos guardado vuestra parte cerca del fuego para que se conservara caliente.

Gilara y Hectileo se acercaron y se pusieron a comer sin decir palabra. Era muy tarde y acusaban el cansancio. Hectileo se levantó y fue hacia unos arbustos para orinar. Vio a su hermano Ruan que se metía en la tienda.

–Pequeño animal, me mentiste cuando dijiste que habías visto a Gilara desnuda solo para ponerme nervioso, ahora lo sé. Pero no puedo sacudirte sin revelar que estamos juntos, y no quiero que se sepa todavía –. Hectileo se giró para contemplar a Gilara, que estaba somnolienta, sentada al lado del fuego y se olvidó de su hermano–. No me voy a arriesgar a que venga Hireún a buscarla, ahora es mía y no me la quitará. Voy a alejarla de aquí.

Hectileo volvió junto al fuego andando despacio mientras pensaba. Ruan también se acercaba, había ido a buscar su capa a la tienda, y alargó la suya a Hectileo, refrescaba. Luego Ruan se puso a cantar la canción de las migraciones de los Atabán, una canción poco cantada y bastante triste, que hablaba de cómo perdieron los Atabán por dos veces, su tierra su nombre y su destino. Ruan tenía una hermosa voz muy grave. Todos se quedaron callados escuchándole. Gilara apretó la mano de Hectileo aprovechando la oscuridad, y este sintió que el corazón le daba un vuelco.

–Si consigo que Gilara se quede conmigo, será más de lo que nunca me atreví a desear. No voy a perderla, a ella no.

–Se nos ha hecho muy tarde– dijo Hectileo –, ahora estoy realmente cansado, pero no es bueno acostarse recién cenado. Voy a andar un poco alejándome de las hogueras. El cielo está despejado, lejos de la luz se verán mejor las estrellas. Quieres pasear un poco Gilara, o estas demasiado cansada–, se quedó expectante mientras esperaba su respuesta.

Gilara se levantó con un suspiro y le sonrió–. No creo que pueda llegar muy lejos pero me hará bien andar.

Se alejaron entre los árboles. Kecteo contempló como se alejaban. Esos dos no se separan, da la impresión de que estén juntos ¿Crees que Gilara habrá olvidado tan pronto a Hireún? No pensé que fuera tan voluble

–Ojala tengas razón hijo, nada me haría más feliz.

–No sabía que Hireún no te gustara, nunca has hablado mal de él.

–No es que no me guste, aun es un muchacho y hace las tonterías propias de su edad, pero Hireún tiene buen fondo, y es inteligente. Será un gran hombre lo sé. Pero es en el centro de todas las miradas, y a tu hermana le pasará lo mismo. Todos hablan de su orgullo, le critican por querer llevar a Gilara en cabeza, pero yo no creo que sea para tanto. Hireún estaba tan contento junto a Gilara que no quería separarse de ella, como cualquier otro muchacho, ni pensó en que eso no era lo correcto.

Ahora se han peleado, pero yo sé que Hireún vendrá a buscar a Gilara en cuanto le dé el esquinazo a sus compañeros, y no quiero que la encuentre. Mañana los despertaré temprano con la excusa de ir a pescar. Cabalgaremos los cinco hacia el río. Lo lamento por Hireún, pero no quiero que se quede con mi hija

–No te entiendo padre, si realmente no piensas mal de Hireún, por qué quieres alejarlo de Gilara ¿Solo porque no la miren y la critiquen?

–No hijo, ojalá se tratara de eso. Hay otra razón que es la que más pesa. La jefatura de los Ataban está maldita, el dolor, la locura, y la muerte los persiguen, les entristecen, y llegan a matar su espíritu. Ocurre desde que conservamos la memoria, no sabemos la causa, porque olvidamos parte de nuestro pasado al perder nuestro destino. La desgracia no solo afecta a los líderes de los Atabán, sino a sus mujeres, a sus hijos, a sus mejores amigos. En el valle muchos lo ignoran, otros prefieren vivir como si no lo supieran, hay quien lo considera una superstición y lo niega.

Pero yo sé que es cierto, al menos en las tres generaciones que han precedido a Jairo. Si Gilara se quedara con Hireún sufriría enormemente, tal vez muriera. Hireún no lo sabe, es algo que se le oculta ¿Quién va a decírselo? No creo que Jairo pudiera hacerlo. Te diriges a tu hijo y le dices– .Estás maldito y jamás serás feliz, igual que me pasó a mí.

El destino no está escrito, sino que se construye y se busca. Pero a Hireún le costará mucho conseguir la paz y conservar la alegría. Hireún no tardará mucho en asumir la jefatura, ya tiene diecisiete ciclos, y Jairo su padre está más que acabado. Rezo para que los dioses le den fuerzas para soportar su suerte, si Hireún entristece o enloquece no podrá cuidar de su pueblo. Por eso no lo crítico, sé lo que le espera. Su padre Jairo también lo sabe, quizás por eso le concede todo lo que quiere, ya lo ha perdido todo excepto este hijo.

– Kirgüan hizo una pausa–. Cuando los vi juntos temblé de angustia, nada me alegró más que saber que se habían peleado, pero no quería hacerme falsas esperanzas. Ahora no puedo creerme la suerte que he tenido. Lo siento por Hireún ya empieza a pagar por la sucesión. Terminará por encontrar compañera, y ella compartirá con él su dolor, yo prefiero que ésta no sea mi hija. Quiero que Gilara sea feliz, y que la maldición no la alcance.

Me lo tenías que haber dicho antes–protestó Kecteo mirando a su padre con el ceño fruncido, no puedes guardar todas tus preocupaciones para ti. Te olvidas de que ya no soy un niño.

–Me sentía indigno por mi propio egoísmo. Si Gilara llegase a saberlo se aferraría a Hireún y no lo soltaría jamás, por lealtad y por orgullo, por protegerlo. Yo quería que sus decisiones fueran independientes de la maldición que pesa sobre Hireún, porque conozco a mi hija. Sé que cuida de los que ama, ese es su destino.

Gilara y Hectileo fueron andando en la oscuridad alejándose de las hogueras, Hectileo le dio la mano, Gilara se tambaleaba de cansancio. La agarró de la cintura para sostenerla y se sentaron al pie de un árbol.

–Perdona, no había notado que estabas tan agotada–. Gilara le miro sonriendo sin decir nada. Permanecieron en silencio, dejando transcurrir el tiempo, uno sentado junto al otro.

Hectileo habló al fin–, No sé qué es lo que tú sientes, yo casi puedo palpar lo unido que me siento a ti. Como si desde siempre nuestros destinos se hubiesen entrelazado. Y aunque así no fuera, esta noche no quiero apartarme de ti.

A Gilara los ojos le relucían brillantes en la noche. Hectileo puso la mano sobre esa piel blanca y tibia del pecho. Gilara no hizo ningún movimiento, tampoco se apartó, eso le animó a continuar.

Si ésta mañana hubiese entrevisto mi futuro, pensaría que a lo largo de la jornada, habría enloquecido, temo que eso lo que ha ocurrido. Hectileo se quedó expectante, temiendo la respuesta de Gilara, esta puso una mano sobre la suya.

– No hace ni tres días pensaba que mi destino era estar junto a Hireún, eso me hacía dudar, no quería volver a equivocarme, pero ya no dudo. Me has mostrado lo que eres, como sientes en tu propio mundo, conozco tu sueño y tú me has revelado el mío. Me gustaría caminar contigo por el bosque, sé que seré feliz.

Hectileo le acarició la mejilla–. Eres tan impetuosa pequeña, me gusta que seas así. Yo siento lo mismo, como si esta mañana, cuando éramos unos desconocidos quedara muy lejos.

Gilara se quejó de frio, en sus prisas por perderse junta a Gilara, Hectileo al alejarla rápidamente hacia la oscuridad se había olvidado de recogerle la capa. –.Volvieron a quedarse el silencio.

Hectileo le indicó que se sentara entre sus rodillas y se envolvieron ambos en la suya.

–Permanecieron el silencio mientras la noche transcurría. Al final les venció el sueño, se durmieron ahí mismo, acurrucados el uno junto a el otro, Hectileo abrazaba a Gilara por la espalda, protegiéndola. A la madrugada el rocío les caló los huesos, y tuvieron que correr hasta la hoguera para calentarse.

Kirgüan ya estaba despierto, calentando unas tortas de harina al lado del fuego. Levantó la cabeza al oír cómo se acercaban, se volvió hacía ellos esforzándose en sonreír. Preguntó a Hectileo y a su hija, si no querrían acompañarle al río para disfrutar de un día tranquilo de pesca. Ruan se levantaba bostezando, miró a su hermano socarrón preguntándose donde habría pasado la noche. Al poco los cinco partían cabalgando hacia el río.

## Capítulo IV :Viejas canciones

En el principio Hengari, el dios de la luna, no protegía a los Minara. Su luz no fecundaba las aguas del río Minara, del cual el pueblo había tomado su nombre. El fuego no calentaba, el pescado escaso tardaba en asarse, y producía extraños envenenamientos y enfermedades. Los miembros más ancianos de la tribu, intentaban diferenciar los peces buenos de los malos, separándolos por formas y colores, pero la enfermedad y la muerte se seguían produciendo. En la estación fría pasaban hambre. Los ciervos no se acercaban a beber al río. Era difícil cazar uno, y eran necesarias su carne y su piel para pasar el duro invierno.

No todo era triste, pues los Minara siempre habían sido un pueblo risueño. La música apenas se había oído antes, y por las noches al lado de la hoguera, se cantaban los versos de la canción del comienzo, pocos la sabían. Hombre mujeres y niños escuchaban con deleite, mientras el Horos con su tocado de plumas, cantaba y bailaba hasta casi caer desmayado. Todos se iban a dormir con alegría en el corazón, recitaban bajito algunas estrofas para memorizarlas, pero canturreando entre dientes para no ofender a los dioses. También eran más nuevos los árboles, algunos no tenían nombre, y unos hermosos árboles, de flores azules semejantes a plumas, y hojas de color verde dorado que viraban al rojo en otoño, no los hemos llegado a conocer.

Al final del invierno, el primer día de luna llena de la primavera, encontraron al niño maravilloso.

Lo halló una mujer que había ido temprano al río, su hijo tenía fiebre. Había pasado la noche llorando y bebiendo, y el agua se había acabado. Margüa la madre se acercaba al agua para llenar dos grandes cantaros, servirían para calentar la infusión de cacao y pimienta. En ese momento oyó llorar.

El llanto venia del bosque más cercano al prado. Era una zona peligrosa. En el prado vivía un pueblo cruel, que gustaba de cazar a los Minara. Por el día los veían regando y plantando los campos alrededor del monte Verno. Consideraban que las plantas y los frutos eran suyos, y castigaban a los Minara si, empujados por el hambre, cogían las mazorcas de maíz o las manzanas. Los perseguían con lanzas, y con unas flechas de punta metálica que atravesaban la carne. No remataban a los heridos, y se reían de su dolor

Margüa no quería acercarse, pero el llanto le recordaba demasiado el de sus hijos. Era buena pasando desapercibida, se pintó la cara y los hombros con lodo de la orilla, y se deslizó pegada a los árboles. Escondido entre unos helechos encontró el cesto de un niño. Se estremeció al ver la ropa que lo cubría. No había olvidado aquella vez en que, el pueblo cruel de la pradera, había dejado tejidos finos similares, maravillosos y cálidos, en el lindero del bosque. Los Minara habían cogido las ropas, agradecidos por la ofrenda, pensando que era el inicio de una era de paz. A los pocos días el jefe y sus esposas, a quienes se había entregado los tejidos, murieron de fiebre, sus cuerpos cubiertos de llagas. La ropa había sido quemada junto con los cuerpos, y los habitantes del prado recibieron su nombre definitivo: Deerios el pueblo del diablo.

Margüa se acercó al niño, tenía hambre y se mordía los puños. Lo cogió en brazos y lo amamantó, y su leche fue un don a un dios nuevo. El niño ya tenía dos ciclos pero no la extrañaba, agarró el adorno de hueso que Margüa llevaba colgando al cuello, y rio. Margüa al oír su risa se sobresaltó y le miró largamente, parecía brillar en las primeras luces, y era un niño hermoso. Margüa había tenido muchos hijos, aunque la mayoría había muerto. Este no pertenecía a su raza, tenía el color de la de los odiados Deerios, pero era distinto de todos ellos. La piel le relucía, y su risa recordaba una música suave, como la de las deidades del bosque.

Al llegar la noche brillaba la luna llena. Los sabios de la tribu se reunieron para deliberar, pero al ver el agua tranquila y la luna brillante, supieron lo que debía hacerse. Margüa amamantó al niño por última vez, y éste se durmió con una sonrisa, sin que lo despertaran las músicas y los bailes que se celebraban en su honor. El río discurría en calma, la corriente fluía suave, y la luna marcaba un camino con su luz, la senda del cielo. Depositaron al niño en una pequeña canoa en la corriente, y esta se deslizó suavemente río abajo. Cantaron toda la noche en honor al nuevo hijo de Hengari.

Al día siguiente los dioses parecían haberlos maldecido. Erguer el hombre más anciano de la aldea, había recolectado unas raíces nuevas, para paliar el hambre que le roía, y a las pocas horas murió. La luna no debía haber aceptado su ofrenda, ya que les enviaba ese castigo. Pero Eféreo, el mejor cazador, mojo sus flechas en el caldo de la cocción, y disparó contra un gran ciervo que se acercó a beber matándolo al instante. Los Minara se arrodillaron y agradecieron a Hengari su don. A partir de ese día el fuego fue más ardiente, la pesca abundante, la caza fructífera, y los Deerios temblaron delante de la cólera de sus enemigos.

De la tradición oral de los Minara. El canto del comienzo

Escrito por Heleón, conocido como El bardo resonante

– ¿Alguien se acuerda de la canción de la Dama Somorgujo? Podías cantarla tío Ruan, dijo Silagüa, yo solo he oído fragmentos. Mi padre me contó que cuando él era pequeño la cantaban entera. Siempre cantamos muchas veces las canciones de nuestro pueblo, pero ésta parece olvidada.

Targut intervino–. A mí siempre me han gustado las leyendas que dan miedo, y me han dicho que la canción de la Dama Somorgujo es de esas. Nunca la he oído, nadie la canta. No hay nada mejor que una buena leyenda con magia y sangre para contar por las noches. Podíamos apagar algunas luces, así sería más divertido. La noche es oscura, falta poco para la luna nueva y el cielo está nuboso.

Si sobre todo son divertidas de contar después de comer y beber bien – dijo Calogán–. Los terrores se transforman hasta resultar divertidos, con el estómago lleno, la buena compañía, y la cerveza ¿Qué magia oscura podría afectarnos ahora?

Gilara miró al suelo–. La que causa la destrucción de tu hogar, tu familia y tu pueblo. Eso no se arregla con carne, pan, cerveza, y vino murmuró para sí.

– Bien olvidada que esta esa canción, hay algo maligno en ella– dijo Gilara en voz alta. Es mejor no cantarla.

Ruan miro a Gilara. A pesar de tener más de treinta ciclos seguía siendo bella. Tenía una frente alta y amplia, y unos ojos almendrados oscuros que había heredado Silagüa. Desde la muerte de su marido, su cabello rojo había palidecido y encanecido, ahora mostraba un color blanco y brillante como la nieve. Los últimos ciclos comenzaron a murmurarse por el pueblo que si la mirabas a los ojos, en el fondo veías titilar una pequeña luz roja como una llama, aunque desde luego no era así.

Esa historia formaba parte de las murmuraciones sobre las mujeres de la familia de Gilara y Ruan, y su capacidad de hacer magia. Los rumores habían empezado con la disminución del nacimiento de varones, que preocupaba al pueblo ya que los abocaba a la extinción. En los últimos tres ciclos el nacimiento de niños varones había cesado por completo, y los rumores se dispararon. Gilara bajaba los ojos cuando no estaba con los suyos, evitando la mirada directa al rostro.

Gilara tenía miedo de los rumores, pero sobre todo de la leyenda que hablaba de la maldición que pesaba sobre los Atabán. Hasta que murió Hectileo Gilara no se había preocupado de las viejas historias, le parecían historias de chiquillos que juegan a asustarse unos a otros. Pero que cada vez nacieran menos varones, era algo que se podía ver y palpar todos los días, no una leyenda. El miedo que tenían los Atabán a una herencia maldita se había acrecentado los últimos ciclos. La leyenda decía que los Atabán, tras unos ciclos de paz y prosperidad, estaban condenados a guerrear entre ellos, y a perderlo todo por esa causa.

El nacimiento de la pelirroja Silagüa había atemorizado a Gilara. Todos hablaban del color rojo de su pelo, que era incluso más intenso que el de ella en su juventud, y de su piel blanca–. No es bueno ser tan diferente pensaba Gilara, no cuando todo el mundo tiene miedo.

No te enfades Gilara–, dijo Calogán–. Además ¿Quién puede cantar la canción? Nadie la recuerda, se ha perdido.

.....Yo apenas recuerdo la música... sí que recuerdo el sonido de la flauta como un lamento—Dijo Ruan

–Siempre se repite el lamento, la culpa, yo no sé si realmente la maga estaría arrepentida –dijo Silagüa.

–Que dices Silagüa, interrumpió su madre ¿Acaso tú recuerdas el canto?

No mucho–, dijo Silagüa. Pero tengo la idea de que, cuando la canción hablaba de la Dama Somorgujo, la mostraba como alguien cruel, y aunque se lamentara de su perdida, no me la imagino tan arrepentida. Recuerdo que en los versos se narraba que de las manos de la hechicera brotaban llamaradas, y así abrasaba a sus enemigos, es lo que más se me quedó en la memoria. Oí la canción cuando era muy pequeña y recuerdo despertarme llorando con miedo.

– Si yo también lo recuerdo– dijo Luana–. Era una canción que a los niños nos daba miedo.

–Desde que la oí me fascinó el fuego– dijo Silagüa–. Recuerdo que siempre me sentaba muy cerca de la hoguera en verano, o de la chimenea en invierno, echaba ramitas para avivarlo, quería encontrar el rojo más rojo en las llamas. Pensaba que así aparecería la hechicera, me asustaba pero al mismo tiempo quería que ocurriera. Entonces Gilara me reñía por sentarme tan cerca, me cogía en brazos y me alejaba. Cuando crecí eso cambio, el fuego me daba miedo y tenía pesadillas en las que oía la canción de Eshilia Creó que soñaba tanto con fuego, porque a fuerza de sentarme cerca, se me prendió la ropa y me quemé.

–Jamás te pasó algo semejante, teníamos mucho cuidado contigo, dijo su madre indignada–. Más indignada porque eso mismo había sido su mayor temor muchas noches.

– Entonces ¿Por qué tengo estas marcas tan extrañas en los pies?– insistió Silagüa–. Siempre creí que me había quemado de pequeña, por arrimar demasiado los pies a la chimenea

Silagüa se descalzó y extendió los pies. Todos vieron tres pequeñas marcas, en forma de media luna, sobre el dorso de cada uno de ellos. Eran de un color rojo apagado, y mantenían una extraña simetría.

–No me había fijado nunca en ellas– dijo Ruan–. Son unas extrañas marcas. Son bonitas, pero no son cicatrices ni quemaduras, éstas nunca son simétricas. Parecen tatuadas.

–No naciste con ellas– dijo su madre risueña–. Te salieron más tarde. Quizás de tanto nadar en verano tus pies empezaran a cubrirse de escamas, o de tanto correr a cambiarse en pezuñas. Nunca has parado quieta Silagüa, no me extraña que a tus pies les ocurran cosas extrañas

Bruscamente Gilara calló. Estaba hablando de transformarse en animal–. ¿Cómo se me ha ocurrido decir algo así?– pensó. Debe de ser el vino que me suelta la lengua.

Silagüa se había quedado callada. Estaba más que preocupada. No había contado lo que en realidad soñaba, no del todo, no se atrevía a hacerlo. Se había convencido a sí misma de que alguna vez siendo una niña se había quemado, y por eso tenía pesadillas en las que oía la canción de Eshilia, pero al parecer no era así. En sus sueños Silagüa veía la aldea en llamas, y a la gente atemorizada huyendo de ella. Silagüa también se veía envuelta en llamas, gritaba cada vez más alto, más bien cantaba gritando, el fuego cada vez era mayor, del rojo más intenso de la hoguera.

Mientras tanto Ruan canturreaba para sí mismo emitiendo pequeñas sus que subían y bajaban –. El tío Ruan está muy gracioso– pensó Targut divertido–, pocas veces lo veo tan concentrado y tan serio.

–Eshilia era orgullosa, no quería someterse a nadie de su familia, ni de su pueblo, y era apasionada, adoraba a su extraño muchacho. Yo pienso que desde siempre Eshilia quiso ser el jefe de su tribu– dijo Ruan.

–Yo pienso que lo que quería Eshilia es ser eterna – insistió Silagüa ¿Por qué si no se apoderó del fuego y la magia? Era orgullosa y solitaria, no buscaba el poder

¿Cómo podemos saberlo? – contestó Ruan Solo tenemos los recuerdos de una canción casi olvidada. Eshilia debía cumplir su destino, como todos los héroes, no podía morir hasta que no acabara su historia. No me acuerdo de la canción ni de la música, apenas unas estrofas, pero sí que recuerdo la leyenda.

Fue tan corto nuestro tiempo, tan larga mi espera

Tu sueño vive en mí, aun oigo tu canto

Del agua viniste y ahí te perdí. Desde esa noche

Lloro sobre el lago, lo sobrevuelo buscándote.

Eras casi un niño, tu música me golpeaba,

Como el viento al agua, como la lluvia a la tierra.

De ti quedó tu sangre, manchando la arena

De mi brotó el fuego, y la sed de venganza.

Mi espíritu se hiela, en la oscura tristeza.

No descansaré hasta encontrarte Lehuivián

–Es lo único que recuerdo de las estrofas, no es mucho, ni siquiera son demasiado bonitas, sí que recuerdo la narración.

–Cuenta la leyenda de una vez tío Ruan– dijo Targut–. No te hagas tanto de rogar. No importa que no recuerdes la canción, me conformo con la historia, sobre todo si da miedo.

Ruan se aclaró la voz. Una vez hace muchísimos ciclos, alrededor del lago Gaihem, habitaba una pequeña tribu, les llamaban los Hunirios. Sus miembros moraban en tiendas, y en pequeñas casas de madera. Vivian básicamente de la pesca del salmón, y de la caza de aves acuáticas.

Entre los Hunirios había una familia numerosa, que ejercía gran influencia sobre las demás. Se habían construido una gran casa de madera, y ahí vivían todos juntos. La casa era tan grande como la que poseía el jefe de esa tribu, lo que todos comentaban, y estaba mejor construida, lo que nadie repetía en voz alta. En esa familia es donde nació Eshilia.

Era difícil construir en esa época porque el fuego que tenían ellos no era el mismo que el nuestro, calentaba menos, se apagaba con facilidad, y era difícil ablandar los metales con él, por lo que las herramientas eran frágiles y constaban mucho de fabricar. Por eso las casas eran pequeñas, y mucha gente vivía en tiendas, por la misma razón la gran casa de madera en la que vivía Eshilia era digna de admiración

Lo primero que llamaba la atención en Eshilia era su pelo. Cuando tenía apenas dos ciclos lucían una cabellera roja de color fuego. Era una niña solitaria y callada, miraba intensamente todo lo que le rodeaba. Le encantaba la música, y siempre canturreaba cuando trabajaba ayudando a su madre. No jugaba mucho con los otros niños, a los que encontraba ruidosos y bruscos. Le gustaba pasear sola por el bosque y luego dirigirse a la orilla del lago a mirar el atardecer, también le gustaba contemplar el fuego. Por las noches se sentaba al lado de la hoguera en verano, o de la chimenea en invierno, mirando las llamas y sin decir palabra. Los otros niños la rehuían, no era nadie divertido con el que jugar.

–Sí que parece una niña aburrida–, dijo Targut–. Demasiado orgullosa y pagada de sí misma. No me gusta la gente así.

No interrumpas Targut–, dijo Calogán–. Te están contando el relato para ti, debes de respetar al narrador.

Es curioso que te acuerdes tanto de la leyenda–, dijo Gudem–. Yo apenas recordaba alguna idea. Solo que los Atabán vivíamos en el valle Krimeno, y que de ahí fuimos expulsados, nada más. Es una historia que casi nunca se cuenta.

Ruan sonrió para sí–. Targut sabes porque me acuerdo tanto de la canción de Eshilia–. Este negó y le miró con los ojos brillantes–. La razón es que cuando me la contaron a mí, me dio muchísimo miedo. Era muy pequeño y desde que oí la historia temía estar cerca del fuego, me ponía en el otro extremo del cuarto aunque temblara de frío, lo hice durante ciclos. No os riais, es cierto–. Targut y Tula se habían puesto a reír a carcajadas al imaginarse a su tío Ruan, al que veían tan grande y tan fuerte, asustado por un relato–. Siempre me imaginaba a Eshilia saliendo de las llamas, agarrándome y metiéndome con ella en la hoguera. Era un niño algo miedoso, al menos en esa época–. Targut y Tula reían ahora tan fuerte, que a Ruan ni se le oía.

–Es extraño que este relato se haya perdido– dijo Calogán–. No ha pasado con ninguna otra canción. Nos gusta recordar en Sauhivián las canciones de nuestro pueblo, no sé porque ésta se dejó de cantar. Debe de ser porque la hechicera que sale en el relato, nos da miedo a los orgullosos Atabán–. Calogán se rio

– ¿Quién va a tener miedo a una hechicera que murió hace cientos de ciclos? Nunca hemos temido las viejas historias–, Silagüa hablaba así pero estaba simplemente subyugada por el relato, ahora hubiese preferido que Ruan no empezara a contarlo, permanecer en silencio oyendo la lluvia y pensando en la próxima fiesta del solsticio de verano–. Siempre me han encantado las historias, pero ésta no quiero volver a oírla.

–Vamos a perder el hilo del relato–, protesto Urión–. A ver si os calláis un poco vosotros dos–, dijo mirando a los mellizos que todavía seguían riéndose–. Dejar que Ruan continúe

–Como Eshilia solía pasear sola por la orilla del lago, fue ella la que encontró al niño metido en la cesta. La leyenda cuenta que mientras Eshilia paseaba, oyó una música entre los árboles. Al principio Eshilia pensó que era un pájaro el que cantaba, pero no lo parecía. La música recordaba al canto de un pájaro, pero era más melodiosa. Eshilia corrió al sitio donde se oía la música, y encontró a Lehuivián, el niño maravilloso, el que surgió de las aguas.

El niño estaba cerca de la orilla del lago, metido dentro de un cesto al pie de un álamo. Tendría unos dos ciclos, y estaba dormido, sobre su cabeza volaban las mariposas. La música venía de unos pájaros que estaban posados en el álamo, y que Eshilia nunca había visto, su plumaje tenía un color verde y azul con el vientre claro. Partieron volando rápidamente cuando ella llego.

Eshilia se inclinó hacia la cesta y contempló al niño maravilloso. El niño estaba envuelto en varias capas de ropa. Cubriéndole había una gruesa cubierta de piel poco trabajada, luego un tejido vulgar de gruesa lana, debajo de la lana dormía el niño, vestido con una tela brillante bordada, que Eshilia no conocía

– ¿Por qué has dicho que el tejido era de lana vulgar?– interrumpió Tula– ¿Qué tiene de vulgar la lana? A mí me gusta envolverme en ella en el invierno, es muy cálida.

Ruan sonrió–. Porque era diferente de las ropas que le vestían mucho más trabajadas, y porque el relato remarca que era un niño maravilloso. Un ser maravilloso, hace que lo corriente parezca vulgar.

– ¿Y que tenía ese niño de maravilloso?– dijo Targut que empezaba a aburrirse de esa parte del relato. No entiendo que podía de tener tan especial un mocoso de solo dos ciclos.

–Lo que yo no entiendo padre, es que te acuerdes de tantos detalles de la historia, si nadie sabe nada de ella, y se han perdido los versos. –dijo Calogán.

Ruan sonrió–. Era un historia larga, solo en parte estaba versificada, había mucho trozo narrado que servía de enlace entre los versos. Y me gustaba recordarla de pequeño, como todo lo que nos da miedo. Puede que haya cambiado algún detalle del relato, pero no el del vestido, porque muchas veces me pregunte qué tipo de tejido podría ser.

–Eshilia contemplo al niño que estaba en la cesta, y se quedó sin aliento

– ¿Qué tenía de especial? volvió a insistir Targut.

–No lo entendí bien. Tenía las facciones delicadas, era muy bello, pero era más que eso. Era como si el niño tuviera una luz dentro, que se transparentara a través de la piel. Eso explicaba los versos, hablaban de un niño tan bello que resplandecía.

Eshilia volvió hacia la aldea con el niño en brazos. Me la imagino, apenas tenía siete ciclos pero era fuerte, en esa época estaban acostumbradas a cargar con los niños más pequeños, para protegerlos de las serpientes. El niño pesaba, pero estaba profundamente dormido y no se despertó al cargarlo. Eshilia lo colocó en el pañuelo que siempre llevaba a la cintura por si encontraba algo que recoger, y se anudó los extremos.

Atardecía cuando llegaba a su casa, una luz violeta iluminaba los árboles, más lejos sobre el lago se extendían las nubes en llamas. En ese instante Eshilia sintió como si su pecho ardiera, y oyó por primera vez la canción de Lehuivián

Era lenta y resonaba por todo su cuerpo con ritmo de tambores, sobre estos vibraba un sonido de cuerdas que nunca había oído ¿Qué instrumento seria? Eshilia oía en la música el ruido del viento sobre el lago, y la lluvia que caía. Eshilia supo que la música salía del niño que llevaba a la espalda. Pero no podía ser, nadie podía cantar imitando instrumentos... y decidió que nadie, nadie debía saberlo.

Paró en seco y siseó y la música ceso. No podía esperar mucho más, el bosque por la noche era peligroso, apresuró el paso para volver.

–Su familia pensaría que el niño era un espíritu del bosque, a lo mejor un ser maligno–, interrumpió Silagüa–. No podía haber aparecido de la nada… salvo que perteneciera a una tribu cercana

–En esos tiempos la tierra era más grande y más solitaria, no existían tribus cercanas.

–Deja de interrumpir–, dijo Calogán su primo–. Ahora eres tú la que nos haces perder el hilo

–Eshilia esperaba con miedo la reacción de los miembros de su tribu al ver al niño. Ya le parecía oír sus argumentos: Era una criatura extraña, y Eshilia no hubiese debido cogerlo, algún dios lo debía de haber debajo del árbol. Eshilia temía que los mayores de la aldea decidieran dejar al niño de nuevo en el bosque, esperando que ese dios, que ellos no conocían, lo volviera a acoger, y aplacar así su ira.

Pero nada de eso pasó. Ese niño resplandeciente despertaba la misma emoción en todo el mundo, la necesidad de acogerlo, ocultarlo, y atesorarlo... y eso hizo. Los habitantes de la aldea se asombraron al verlo, y la familia de Eshilia lo acogió en su casa y lo crio como a uno más de sus hijos. Todos al verlo se sentían sobrecogidos, como si hasta ese día no se hubiesen dado cuenta, de la maravilla que se encuentra en una vida que empieza. Pero la que más sentía su influencia era Eshilia, siempre oía una música cuando el niño estaba cerca, pero la música estaba en ella, no brotaba del niño ni la oía nadie más

El niño creció asombrosamente rápido, y fuerte, trepaba incesantemente a los árboles y ahí cantaba, tardo mucho en hablar, pero no podía ser sordo con la cantidad de canciones que inventaba. Con el tiempo construyo una caja de madera con cuatro cuerdas con la que tocaba. Tenía una belleza sobrecogedora, resplandecía al sol, y su hermana adoptiva no podía dejar de mirarlo. Tejía para él túnicas de colores verde azul y rosa, del color de los pájaros que estaban con él cuando lo encontró, estas contrastaban sobre su piel más bien clara. No sabían cómo llamarlo, así que su hermana le puso un nombre, le llamó Lehuivián, el que surgió de las aguas

Eshilia también era muy hermosa. El cabello que llevaba largo y adornado con cuentas y trenzas, era rojo brillante. Tenía la piel pálida y ojos verde oscuro que se ensombrecían hasta llegar a un negro profundo si se irritaba, esos ojos mostraban su inteligencia y su gran orgullo. Si antes era sensible, solitaria, y callada, esos rasgos se acentuaron. Apenas si se relacionaba con los otros habitantes de la aldea, vivía para su mundo y para la criatura que había encontrado.

A pesar de su belleza, al llegar Eshilia a la pubertad nadie se le acercaba. Había demasiada distancia entre ella y los otros muchachos de su edad, incluso inspiraba miedo.

El hijo del jefe de la tribu Loemig, se prendó de ella, y no era alguien que renunciara con facilidad a salirse con la suya. Era fuerte, alto, casi un gigante, de poderosos músculos y gran habilidad con el caballo y el arco. Ya tenía dos esposas y varios hijos, pero desarrolló una extraña obsesión por Eshilia que tenía mucho de desafío. Era orgulloso y listo, pero no se dio cuenta de que había fuerzas de las que nada sabía. Repetía a su grupo de amigos que no era la perturbadora belleza de Lehuivián, que cautivaba a todos, la que atraía a Eshilia, sino una magia maligna que Lehuivián ejercía sobre la gente de su entorno, para someterla a su voluntad. Si lograba alejar a Lehuivián de la tribu, Eshilia no podría menos que fijarse en él, el mejor cazador de la aldea. Olvidaría a ese adolescente extraño al que le gustaba trepar a los árboles, cantar, y no era bueno para nada. Todos sus amigos lo apoyaron, era realmente extraña esa criatura salvaje que apenas hablaba, pero vivía para la música.

En un principio planearon matarlo, pero les daba miedo su sangre. Nunca había sido herido, nunca había sangrado. Siempre se había mantenido extrañamente intacto, tenía miedo de que la sangre vertida de Lehuivián llevara en ella una maldición, que despertara a la ira de los dioses que lo protegían.

Silagüa se estremeció, le parecía recordar que el relato era atroz. Más atroz que otros relatos de gigantes que se despedazan unos a otros, y bocas del infierno llenas de dientes para tragarse a los incautos, más que los que hablaban sobre las crueles venganzas de los espíritus de las víctimas de los malvados, más terrible que los relatos de témpanos gigantes que caían al abismo en medio de un estruendo feroz. Esta historia daba más miedo porque era extrañamente real, como si ocurriera en su propio pueblo, como si en la casa de al lado alguien estuviera conspirando para secuestrar a su hermano pequeño.

Silagüa se volvió hacia Targut y no pudo menos que sonreír ante sus pensamientos. Nadie secuestraría a ese pequeño diablo que no era capaz de acertar a un ciervo a diez pasos, siempre pedía más comida y nunca quería madrugar. Nadie diría que Targut con esos brazos y piernas larguiruchas, y su cara pecosa, tuviera una belleza resplandeciente

–Eran crueles–, casi gritó Targut como si la hubiese estado escuchando–. ¿Qué les había hecho Lehuivián? No cabía duda de que era distinto y solitario, pero también era inofensivo, y no competía en nada con ellos.

– En algo sí que era muy bueno Lehuivián, era increíble su habilidad pescando, y nadando. Y aunque no cazaba, ni participaba en las actividades del grupo no permanecía solo. Con frecuencia por las tardes, la gente realizaba sus tareas: la comida, la limpieza de pescado, cerca de donde él trabajaba canturreando o tocando su extraño instrumento. También se acercaban los niños, y las chicas jóvenes, que dejaban de rondar al grupo del hijo del jefe y sus amigos. Estos ya acabada su tarea, que básicamente consistía en cazar, se sentaban cerca de la orilla del lago, algo apartados de los demás, y ahí fanfarroneaban acerca de las presas cobradas, y de los peligros que habían corrido.

Tras mucho discutir, Loemig y sus amigos decidieron trasladar a Lehuivián a una isla en medio del lago. Esa isla existe todavía, es pequeña y está lo suficientemente alejada para que sea peligroso volver nadando, especialmente por lo fría que está el agua. Además habían planeado atarlo, para que cuando pudiera soltarse estuviera demasiado débil como para nadar. Necesitaría días para reponerse, y también pescar para alimentarse.

Loemig sin embargo había dejado que la ira y el orgullo anidaran en su corazón. Su plan era en el último momento, aprovechando la oscuridad y con la excusa de echar otro vistazo a las ataduras, estrangularlo silenciosamente con una de las cuerdas. Cuando lo encontraran muerto, sus amigos pensarían que había sido lo bastante torpe para no poder soltarse, y que habría muerto de hambre. Todos se sentirían responsables, y callarían lo sucedido

Una noche se celebraba como hoy la fiesta de la primavera. La celebración fue mejor que la de otros ciclos, se repartió vino de bayas, y cerveza, se bebió sin tasa, y se cantaron las antiguas canciones. Pero el hijo del jefe y sus amigos apenas bebieron, o al menos ese era el plan. Cuando acabó la fiesta la gente la aldea había comido y bebido como nunca, y se fueron a dormir con un sueño pesado,

Loemig golpeó en la cabeza a Lehuivián y lo dejo sin sentido. Al hacerlo broto la sangre de un pequeño corte sobre el cráneo encima de la oreja, mezclándose con los largos cabellos. Lo arrastraron hacia la canoa inconsciente, mientras siete manchas oscuras mojaban la arena. También eran siete los que iban en la canoa: Loemig, sus cinco seguidores y Lehuivián.

Eshilia se despertó de golpe, notaba como si su pecho se partiera, vio sangre debajo de las uñas de sus manos que manaba y desaparecía. Asustada noto que la música que estaba en su interior, y que la había acompañado los últimos trece ciclos, se había apagado. Se levantó gritando y corrió hacia la playa. Ahí vio a Loemig y sus amigos, ya lejos de la orilla, remando hacia el centro del lago. Se habían olvidado de permanecer silenciosos, y cantaban y alborotaban.

Eshilia vio que ya que no podía alcanzarlos y aulló. El viento gélido de la noche le desordenó las plumas mientras se elevaba en el cielo. De sus manos, antes de transformarse en alas, brotaron rojas llamas. Estas llamas alcanzaron el bote quemando a sus ocupantes. Loemig y sus compañeros gritaron y se lanzaron al agua, y Lehuivián que estaba inconsciente, también cayó al agua al inclinarse el bote.

La gente de la aldea se despertó, vio la barca en llamas, y a Eshilia de pie en la orilla aullando su dolor. Estaba erguida de espaldas a ellos, con el pelo rojo como la sangre iluminado por el fuego que venía desde el lago, prendidos los arbustos de la orilla. Quisieron atravesarla con sus flechas, Eshilia se revolvió contra los que le disparaban usando el fuego. Después se transformó de nuevo en pájaro y huyó.

Eshilia destruyó a los que le arrebataron a Lehuivián, lo único que ella quería, pero dejo detrás de ella un don. El fuego ya no volvió a ser el mismo, se volvió más rojo y más intenso. Los Hunirios y el resto de los habitantes de Geular disfrutan de un buen fuego desde entonces, un fuego cálido que les sirve para cocinar y para ablandar los metales, y así construir buenas herramientas y armas. Ese es el fin del relato de la Dama Somormujo

– ¿Qué fue de la gente de la aldea? Cuantos murieron. ¿Y qué fue de Lehuivián, se ahogó? –Targut estaba fascinado por el relato y no dejaba de hacer preguntas. Tula le dio una patada por debajo de la mesa para que callara.

–No dice la canción cuantos murieron, el hijo del jefe sobrevivió aunque perecieron muchos de sus amigos, y la gente de la aldea más anciana que no pudo huir. Loemig juró vengarse de la hechicera, pero no tenía muchas posibilidades y aún menos apoyos, en realidad no tenía ninguno.

El consejo de la tribu tras reunirse tomo dos decisiones. Una fue marcharse de ahí y buscar otro lugar en que vivir, les daba miedo la presencia de la bruja y del espíritu de Lehuivián, que tras haber perecido buscaría venganza. La otra que Loemig no sería el sucesor de su padre en la jefatura de la tribu. Escogieron a su hermano menor para sustituirlo, era una gran deshonra. Loemig huyó esa noche y la historia no dice nada más de él. Algunas versiones del relato dicen que Eshilia le esperaba en el bosque para acabar con él, que encontraron su cuerpo a la mañana siguiente con el corazón arrancado, y que le habían matado de un golpe sobre en el cráneo justo por encima de la oreja. También dice la leyenda que una marca roja sobre la oreja aparece en sus descendientes, señalándolos como los herederos de la culpa de sus antepasados.

¿Y Lehuivián se ahogó?

No lo aclara la canción, sí que dice que su hermana lo busca desde entonces. Eshilia podía saber si Lehuivián estaba vivo o no porque lo siente, oye su música. En una versión se relata que Eshilia ya no podía oír la música de Lehuivián, pero no quería darlo por muerto, y seguía buscándolo porque no quería perder la esperanza. Puede que no hubiese muerto, podía haber perdido su canción y seguir vivo, estar escondido o dormido, o transformado en animal, ave o árbol. Otra versión más triste cuenta que Lehuivián huyó aterrorizado de Eshilia cuando vio las muertes que había provocado, y ella al no soportar su rechazo lo mató. En ninguna de las versiones Eshilia está muerta, en todas vive, en todas lo anhela y le busca.

–Esta sí que ha sido una buena historia para contar en la fiesta de primavera–, suspiró Targut–, de las que realmente dan miedo. Gracias tío Ruan, me ha gustado mucho.

Gilara carraspeó, no le había gastado que Ruan contara el relato de la dama somormujo, había traído a esa noche de fiesta los rumores sobre su ellos y le había despertado dolorosos recuerdos.

Gilara abrió la boca, dispuesta a hablar de cualquier cosa que no fuera el relato de la Dama Somormujo y su leyenda, calló sorprendida al contemplar a su hija mayor. Silagüa estaba pálida, el relato la había aterrorizado.

Silagüa tras volver a oír el relato estaba temblando de miedo– ¿Por qué –pensó Silagüa– tengo sueños en los que el fuego brota de mí? ¿Por qué me sueño volando sobre las aguas de un lago? ¿Por qué veo como todos huyen de mí, mientras me miran aterrorizados? ¿Qué relación puede haber entre mi misma, y una hechicera que en su furia atacó con fuego a su propia gente, y pena su culpa desde entonces? Quizás sea verdad que los Atabán somos la tribu de Eshilia, y que yo en una vida anterior fuese ella, por eso sus recuerdos están en mí.

–No quiero tener nada que ver con esa leyenda– pensó Silagüa–. . Lo que ocurre es que no ha sido fácil para mí este invierno, he estado encerrada en casa por el frío, me he sentido sola, he tomado decisiones dolorosas y mi familia está en la boca de todos. No es raro que al final los rumores de la aldea me hayan enloquecido, y mis sueños giren en torno a un relato que me contaron de pequeña y me asustó, tampoco que las pesadillas provoquen que se me ocurran ideas extrañas acerca de mi espíritu.

Nunca he soportado estar metida en una casa, como deseo partir a Sauhivián y que el aire frio del desfiladero me limpie de malos pensamientos. Sentirme libre, no perseguida ni encerrada. Dejar de tener miedo de convertirme en lo que no querría ser.

Silagüa se acercó a su madre, Gilara se dio cuenta de que necesitaba consuelo y le apretó la mano–. Tengo que contárselo a Gilara, seguro que ella me ayuda ¿Por qué este invierno le he ocultado lo que me ocurre? Ella sabe igual que yo cual es mi espíritu, sabe lo que odio causar la menor tristeza a los de alrededor. No sería capaz de atacar y destruir a un pueblo como venganza a mí dolor.

Silagüa sintió la mano de su madre en la suya y se tranquilizó. Gilara siempre está detrás de mí, también Ruan desde que mi padre murió, nada tengo que temer. Esta noche hablaré con Gilara, ella encontrara una explicación a lo que me pasa.

–Afera me contó que nosotros somos los descendientes de los Hunirios, el pueblo escondido de lago, la tribu a la que pertenecía Eshilia– dijo Luana–. Y que huyendo de ella los Atabán iniciaron su peregrinar por la tierra. Éramos nosotros los Atabán los que habitábamos el valle Krimeno, a la orilla del lago Gaihem, y casi no éramos conocidos por los pueblos de alrededor, por ser este valle de difícil acceso y fácil defensa. Cuando Eshilia nos expulsó del valle, fue la primera vez que perdimos nuestra tierra, nuestro nombre, nuestro destino, y terminamos partidos en dos. Después de que nuestro pueblo perdiera su nombre, nos hicimos llamar los Ferugueos, los expulsados por el fuego, recordando como Eshilia había lanzado llamas contra nosotros. Tuvimos que migrar hacia el noreste, y cambiamos la pesca por la caza del ciervo, y el comercio de pieles. Cuando fuimos exiliados olvidamos la memoria de nuestro paso en la tierra. Nada sabemos de nuestra vida en el valle Krimeno, ni de cómo llegamos a él, hasta la leyenda de Eshilia está casi perdida.

–Me parece extraño que los Atabán hayamos olvidado nuestro origen– dijo Calogán su hermano. Yo no sabía que antes éramos los Hunirios, y nunca hablé con nadie que me lo dijera. También es curioso que con lo que nos gusta cantar las leyendas, nunca se cante la canción de Eshilia en Sauhivián.

–Pero no podemos olvidar que nosotros somos los Atabán ¿No es cierto Gilara?– Ruan se había puesto serio–. La tribu errante, la que siempre cambia de lugar, la tribu maldita. Los Atabán siempre perdemos nuestra tierra, nuestro nombre, y nuestro destino, y cuando eso ocurre nuestro pueblo se parte en dos. Esa es la maldición de la que no podemos huir, a pesar de marchar incesantemente sobre la tierra nunca podremos dejar atrás nuestra desgracia

–Es una leyenda siniestra– dijo Gilara–, y no puedo creer que sea cierta. No creo en hechiceras que lanzan fuego, ni que los Atabán estemos malditos. Tampoco creo que habitáramos un valle aún más escondido que éste en el que ahora vivimos. En todas las tribus ha habido guerras, muchas han perdido sus tierras, o al menos parte de ellas, en enfrentamientos entre sí o con los pueblos vecinos. La sucesión a la jefatura ha ocasionado dolor y muerte, más en el pasado que ahora. Puede que la desgracia se haya cebado un poco más con nuestro pueblo que con el resto de los Silao, eso es todo.

–Ruan meneó la cabeza–. No crees lo que dices Gilara. A nadie le gusta pensar que cuando menos se lo espere, una guerra entre hermanos acabará con su pueblo. Por esa razón hemos dejado de cantar la canción de Eshilia la Dama Somormujo, para olvidar. Pero no hay que irse tan lejos en el tiempo para encontrarnos con nuestro destino, y de la última vez que perdimos nuestra tierra y nuestro nombre, todos conservamos la memoria.

Poco antes de que se firmara la paz de Sauhivián, los Ataban habitábamos las ricas tierras del noroeste, y en ese lugar llegamos a ser una tribu rica y numerosa, pero la desgracia siempre nos acompaña–. La muerte prematura de Henkiu el líder de los Ferugueos, cuando sus hijos eran todavía menores de edad, desencadenó una lucha por la jefatura que implico a varias de las tribus de nuestro alrededor. Esa fue la segunda vez que perdimos nuestra tierra, en esa ocasión fuimos expulsados de todos sitios, nadie nos quería a su lado, todos nos temían.

Al final las ricas tierras del noroeste se repartieron entre las tribus vecinas, y nosotros acabamos viviendo en este valle. De esta tierra tomamos nuestro nuevo nombre los Atabán, el mismo que él del monte que se eleva al este hacia el mar, y que también da nombre al valle. Era un buen nombre para nosotros, el de una tierra dura y pobre para una tribu que no lo es menos. Aquí los Atabán volvemos a estar aislados de los otros Silao, aunque no tanto como en el pasado.

Calogán que se había quedado callado y pensativo mientras su padre hablaba, intervino en la conversación.

–Entre los Hereos se cuenta que nadie quería habitar el valle del monte Atabán por varias razones. Una era que las tierras, excepto las de la zona del valle cercanas al rio, eran duras y las cosechas poco abundantes; otra que te quedabas aislado en invierno. Pero la verdadera razón de que nadie viviera aquí, era que el valle Atabán da mala suerte a los que viven en él. Ya se ha extendido la noticia entre las otras tribus, de que no nacen varones en nuestro pueblo, muchos dicen que es por vivir en este valle. Eso hizo que el padre de Hilua exigiera que viviéramos con los Hereos, al menos al principio, hasta que su hija le diera nietos.

–Hay una canción sobre el valle Atabán– dijo Urión– más bien una leyenda, aunque nunca creí que fuera cierta. Ésta habla de un suicidio pactado entre dos hermanas.

–Ha sido el que no nacieran varones lo que ha hecho que se hablara de esa canción, nadie le había dado importancia hasta ahora. Era un cuento más, un relato romántico y triste, aún más sentimental que el de Ereuk y Derea que ya es decir– contestó Ruan–. La canción dice que el suicidio de dos hermanas vírgenes, enamoradas del mismo guerrero, había traído la desgracia a esta tierra. Después de eso la tribu que habitaba el valle Atabán lo había abandonado, y por eso las tierras al pie del monte habían quedado desiertas. Esa fue la razón por la que los nosotros acabamos aquí, porque nadie más quería venir.

–Sí ya creo poco en maldiciones ligadas a pueblos, aún menos en lugares que dan mala suerte –dijo Gilara–. Siempre he considerado el valle Atabán mi hogar. No es una tierra rica, pero algo tiene que provocar que no quieras vivir en otro sitio. El bosque es hermoso, la silueta del monte Atabán te acompaña siempre. No son muchas las muchachas que quieren unirse a un guerrero de otra tribu y abandonar el valle, aunque en otro lugar su vida fuera más cómoda. No creo que una tierra maldita provoque estos efectos. Durante muchos ciclos los Atabán hemos vivido felices aquí, por lo menos hasta hace poco– añadió Gilara en voz baja.

–No podemos ignorar que las otras tribus tienen miedo de los Atabán, y de la maldición que pesa sobre ellos– dijo Ruan–. Los Silao dicen de los Atabán que cada vez que un líder fallece, el traspaso del poder trae dolor y muerte al resto del pueblo. Y aun antes las intrigas amargan a los jefes de los Atabán, a sus hijos, y a sus amigos que están malditos–. Gilara se estremeció visiblemente al oír esto último.

–Lo que dice Ruan es cierto, la sucesión ha traído más problemas a los Atabán que a las otras tribus– dijo Gudem–. Cuando Hireún se encontraba enfermo, por mucho que él pretendiera que nada ocurría, teníamos a todas las tribus Silao pendientes de nosotros. En Sauhivián, la primavera previa al paso del Shamhet por los gemelos, todos los Silao miraban a Hireún conteniendo la respiración.

Y con razón nos miran con recelo–, dijo Ruan–. Los Atabán acabamos aquí en el valle, después de que un problema en la sucesión desencadenara una guerra que implicó a varias tribus. El consejo de ancianos estuvo a punto de expulsar a los Atabán de entre los Silao, pero al final decidieron dejarnos vivir aquí en un extremo de su territorio.

“En su origen los Atabán estaban aislados al borde de un lago, y permanecer aislados es su destino”– dijeron los ancianos del consejo–, más vale preservar al resto de los Silao de los problemas que tienen. Así vinimos a parar a este valle, del que solo podemos salir por un desfiladero que es impracticable desde el final del otoño hasta después de las lluvias. Mientras permanezcamos recluidos ningún mal hacemos al resto.

–A nadie le gusta pensar en eso –dijo Urión hablando por primera vez–. Muchos dicen que todo es falso, que no existen las maldiciones, y aún menos las hechiceras que viven sin envejecer ni morir hasta que su historia acabe. Pero sí que hay un valle que desemboca en el lago, el valle Krimeno, al que nadie que conozcamos ha llegado y que no queda a gran distancia de aquí. Se necesitarían poco más de dos días de marcha desde el valle Atabán, pero no podemos llegar. Tenemos prohibido caminar por esa zona del bosque, y no hay paso que permita atravesar las montañas. Solo podríamos llegar al valle Krimeno navegando rio abajo, pero la corriente haría que nos fuera imposible volver.

De los habitantes del lago se dice que son capaces de transformarse en animales, y que tienen poderes mágicos, pero a mí esto último me parece un cuento, de los que narras a los niños para que se duerman.

–Mi abuelo–, dijo Gilara–, bromeaba siempre sobre eso–. Los Atabán vivíamos confinados en un valle el Krimeno, que era como una fortaleza. Fuimos expulsados de él, y acabamos recluidos en otro valle aislado, el valle Atabán. Mejor si acabamos en una fortaleza aislada, al menos si nos aniquilamos que sea en familia. Estábamos en unas buenas tierras, vivíamos bien, y nos dedicamos a guerrear entre nosotros y con los vecinos. Ahora vivimos en un valle cuya tierra es pobre. El desfiladero es imposible de pasar en el invierno y fácil de defender en las otras estaciones. No necesitamos que venga ningún pueblo dispuesto a matarnos, nosotros mismos somos nuestros enemigos, no necesitamos a nadie más–. Pero aunque fingía bromear, lo decía con amargura.

–También es verdad que los Atabán somos un pueblo feliz –protesto Silagüa– que nos encantan las canciones, y las reuniones con los amigos y la familia, y que cuidamos de los que no pueden valerse, de los ancianos y de los que se quedan solos.

–Si Silagüa, eso es verdad, pero al mismo tiempo la traición y la desgracia caen sobre la figura del líder y de los suyos– dijo Ruan–. Entre los Atabán, más que entre otras tribus, los hermanos se traicionan y los hijos se enfrentan a los padres por liderar una tribu que ninguna riqueza tiene

–Los gemelos han estado tan unidos desde pequeños– dijo Silagüa–. Nadie podría pensar que Garún quisiera matar a Hirten o hacerle daño de alguna forma, o al contrario.

–Más de uno lo piensa. Han estado muy unidos pero los separaron– contestó Ruan–. Y los dos tienen el mismo derecho a la sucesión, aunque Hireún diga que ésta le corresponde a Hirten por nacer el primero. Ahora los gemelos son el centro de todas las miradas. Los Atabán se preguntan qué pasará cuando Hireún muera e Hirten le suceda, si Garún respetará la voluntad de su padre, o los dos hermanos terminarán enfrentándose por el poder – dijo Ruan

– Ruan tiene razón–dijo Urión. Nuestro principal problema es la sucesión de Hireún, aunque no nos guste hablar de ello. A los Atabán nos preocupa si ésta desencadenará la violencia sobre nuestro pueblo. Si Hirten y Garún al final se enfrentarán en combate, y cuál será la actitud de sus tíos Gedero y Korga.

Ninguno de los dos hermanos de Hireún vivió aquí hasta un ciclo antes del Shamhet–dijo Gudem. No tienen en mucho aprecio a Hireún, siempre le han tenido envidia. Si hay enfrentamiento entre los dos hermanos, aprovecharán para pedir que el consejo de ancianos los repruebe y reclamar la jefatura para ellos. Puede que Gedero y Korga también terminen luchando entre sí.

–Garún es un chico más que curioso–, dijo Ruan–. De pequeño parecía vivir en las historias que se contaba, pero no creo que ahora sea así. Parece que Garún se haya puesto una máscara y nos desafíe con ella

–Sí que es verdad que Garún es un muchacho extraño–, dijo Luana –pero yo creo que los dos gemelos lo son. Hirten también se ha puesto una máscara, pero como tiene la jefatura detrás la suya es distinta. Yo lo conozco desde pequeño, es de mi edad, jugábamos juntos. Aparenta ser un muchacho pagado de sí mismo y chistoso, pero no es alguien que se deje conocer. Ninguna de las muchachas del valle que le han perseguido lograron llegar a él, que confiara en ellas, y no ha sido porque no lo intentaran. Desde siempre ha sido ferozmente independiente y muy orgulloso, no le gusta seguir a nadie, tampoco que le sigan, y no tiene paciencia con los que intentan influirle. Solo confiaba en su hermano, desde que no está con él, no confía en nadie. Si lo pensáis un poco, lo de la independencia, el orgullo, y el no dejar que nadie se le acerque también se le puede aplicar a Garún.

Luana meneó la cabeza–. Si la gente dice que los caracteres de los gemelos son tan distintos, es porque no los saben ver.